

se

Christmas Wolf

Un lobo para Navidad



Kelly Dreams

Lectulandia

Bryony comprendió que había sido una muy mala idea aceptar la invitación de su mejor amiga, en el mismo momento en que traspasó el umbral de su casa y lo vio. Los ojos azules de Adam se clavaron en su alma, despertando sus sentidos y una arrolladora pasión que amenazaba con consumirlo todo... empezando por su propia cordura.

Emparejarse la noche de Acción de Gracias no era algo que entrase en los planes de Adam Blake, pero cuando esa pequeña y dulce humana entró en su casa, todo en lo que pudo pensar era en hacerla suya; una apresurada y nada meditada decisión que lo obligaría a renunciar a lo que más deseaba... para poder recuperarlo una vez más.

Nunca un juego de persecución fue tan caliente... y divertido.

Lectulandia

Kelly Dreams

Christmas Wolf

Un lobo para Navidad

American Wolf - 00

ePub r1.0

Titivillus 02-11-2017

Título original: *Christmas Wolf*
Kelly Dreams, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis **lectoras**.*

*A las antiguas y a las nuevas, a toda la gente que me acompaña cada día
desde distintas partes del mundo.*

*Miles de millones de gracias por estar ahí, por el apoyo constante y el
aliento que siempre me infundís.*

Espero que disfrutéis con esta pequeña historia navideña.

PRÓLOGO

ADAM echó un vistazo a través de la ventana del restaurante en el que estaba cenando, uno de tantos ubicados en el *Downtown Crossing* de Boston. La calle poseía el aire festivo propio a las semanas previas a Navidad, las luces decoraban las casas, los escaparates empezaban a llenarse de guirnaldas y figuras de Santa Klaus, incluso el mantel de la mesa era típicamente navideño. En otra clase de circunstancias habría disfrutado de la decoración y de los villancicos que sonaban por doquier, pero su estancia en la ciudad obedecía a un motivo que nada tenía que ver con el turismo y sí con una maldita mujer.

En vez de estar en su cálido hogar de Toronto, supervisando los preparativos del Día de Acción de Gracias que reuniría a buena parte del clan, estaba aquí, en Boston, dispuesto a zanjar de una vez por todas, el estúpido pacto que selló con su compañera la misma maldita noche en que se emparejó con ella.

Una jodida noche de borrachera.

—Adam, creo que la muerte de Sharon te está nublando el juicio.

Se giró al escuchar la profunda voz de su Ruan, el Beta del clan lupino que regía la Región Noroeste. En circunstancias normales, habría sido Wolf Deveraux, el alfa del clan el que lo habría recibido en su territorio, pero el lobo parecía ser víctima de la enfermedad que afectaba al más común de los mortales; la gripe.

—Su partida no cambia lo que ya debí haber hecho desde hace mucho tiempo.

El muchacho, el cual no había cumplido todavía los treinta, entrecerró sus agudos ojos verdes y frunció el ceño.

—No soy quien para cuestionar tus decisiones —continuó. No pudo evitar sonreír interiormente ante la natural osadía del joven beta, no le cabía duda de que ese era el motivo por el que Wolf lo envió a él y no a otro para recibirlo e intentar aplacar su genio—, pero... tu compañera... um... bueno... ella...

—Es humana —concluyó por él. No era un secreto para nadie, aunque sí fue un bonito golpe de efecto en su momento.

—Lo que iba a decir, es que parece poco —o nada— dispuesta a escuchar palabra alguna de ti —resopló el chico, dedicándole una mirada precavida.

El comentario traía consigo mucho más de lo que suponía deseaba dejar traslucir el joven lobo. Sabía que Deveraux se había comprometido a mantener un ojo sobre Bryony mientras estuviese en su territorio. Quizá debió ser un poco más explícito ante su petición y advertirle que cualquier lobo no emparejado que pululase a su alrededor podría resultar... emasculado.

—Y esa seguridad obedece a... —lo miró directamente, con gesto desafiante. No era común que su especie tuviese los ojos azules, de hecho se trataba de una mutación genética que lo diferenciaba de los demás miembros de su raza, cuyo tono

oscilaba entre el verde y el castaño oscuro, casi negro.

Las manos del chico se alzaron en rápida defensa, casi podía verle agachar las orejas y la cola en señal de sumisión.

—No me echés todavía los perros, tío —se dio prisa en defenderse—. Seguí las órdenes dadas por mi alfa, la he vigilado y cuidado a distancia. No le he tocado ni un pelo, le tengo demasiado cariño a mi pellejo como para perderlo.

Un bajo gruñido le hacía cosquillas ya en el fondo de la garganta, su naturaleza lupina solía anteponerse a la humana cuando se trataba de marcar el territorio.

—Además, ella a duras penas soporta la presencia lupina —esbozó una mueca—. Recela de todo lobo que se le acerque. Sharon era la única excepción.

Algo de lo que él era el único culpable, pensó irritado.

Bryony no formaba parte del círculo de humanos que conocían o tenían vínculos con su raza, ella había ignorado totalmente tal existencia hasta las pasadas navidades.

Su hermana pequeña le había comentado una semana antes del Día de Acción de Gracias que iba a invitar a una amiga a pasar las fiestas con ella en casa. Era algo que solía hacer a menudo —Eve era la abogada de las almas perdidas— y que hasta entonces, nunca le había reportado otra cosa que crías ruidosas armando alboroto en su pacífico hogar. Pero con ella fue diferente. Desde el mismo instante en que la vio perdida y sola en el recibidor de su casa, vestida con unos ajustados vaqueros y un flojo suéter rojo bajo el chaquetón, sus sentidos se concentraron por completo en la muchacha.

Tenía que haber previsto que aquello era una señal, especialmente cuando el deseo empezó a hervir en sus venas con una fuerza inusitada y comentó a pasarse gran parte del día empalmado. Cuando estaba cerca de ella —ocasiones que había forzado a pesar de las protestas de su hermana—, cuando podía oler su aroma a menta fresca... bueno, era una suerte que no se hubiese coronado a sí mismo corriéndose en los pantalones.

Bryony Evans se convirtió en una obsesión para él.

Eve le advirtió una y mil veces que fuese con cuidado, que su amiga no era para él, que no se parecía en nada a sus tórridas conquistas. Su dulce hermanita amenazó incluso con cortarle los huevos si le hacía daño, pero se olvidó mencionarle lo más importante; la pequeña y voluptuosa humana que lo estaba volviendo loco con su presencia, no tenía la menor idea de que se había metido en la guarida de un lobo; literalmente.

Su impaciencia precipitó las cosas. El deseo entre ambos era palpable y sabía que a ella no le resultaba indiferente su presencia, podía oler su excitación, sentir como se convertía en dulce rendición bajo sus manos y al final... pasó lo que tenía que pasar.

Una perfecta velada de Acción de Gracias que terminó con ambos enredados en el suelo del salón, entre varias botellas de vino vacías y la más que visible marca de emparejamiento visible en la suave curvatura del hombro femenino.

—Tiene motivos para recelar —comentó, volviendo a la conversación—, yo se

los di.

El joven lobo hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Cuando se entere de tu presencia en la ciudad, saldrá huyendo.

Se encogió de hombros.

—No me molestan las persecuciones —aseguró—, de hecho, las encuentro interesantes.

—Estás enfermo.

—Y tú olvidas por momentos con quien estás hablando. —Esbozó una irónica sonrisa.

El joven lobo se limitó a poner los ojos en blanco y depositar sobre la mesa una carpeta llena de papeles.

—Sí, lo sé, soy un poco suicida —murmuró por lo bajo al tiempo que empujaba la carpeta hacia él—. Esto es lo que le pediste a Wolf.

Asintió y atrajo la documentación hacia él. Ya habían dejado atrás el postre, por lo que solo tuvo que apartar la taza de café a un lado para poder ojear el contenido. Una serie de fotografías actuales cogidas *infraganti* mostraban a su pequeña y curvilínea mujercita ante el departamento de floristería del centro comercial, había empezado a trabajar allí después de abandonar el puesto de camarera en un miserable restaurante. El espeso y oscuro pelo negro destacaba contra su pálida piel, sus ojos marrones brillaban con dulzura, libres del temor y la desconfianza que le había dedicado a él en sus últimos momentos juntos.

Acarició la fotografía, sintiendo en su interior una absoluta nostalgia y el insaciable deseo de ella, uno que se había hecho mayor y más doloroso con su ausencia.

—Es el nuevo centro comercial, ¿no?

El chico asintió.

—Lo abrieron hace unos meses —aceptó—, y a juzgar por la afluencia está resultando ser todo un éxito. Si te gustan las aglutinaciones...

—No me gustan...

—Mala suerte —chasqueó la lengua y prosiguió—. Ella suele hacer una pausa para comer a eso de la una. Sharon solía recogerla entonces y se iban a comer juntas. Sierra, la otra chica que trabaja en el departamento, entra a esa hora y ambas cubren juntas el turno de tarde. Es el refuerzo de la campaña de navidad. Una muchacha espeluznante, si me lo preguntas. Va siempre cubierta hasta el cuello, aunque haga un calor de mil demonios.

Adam ojeó otra de las fotos dónde una muchachita delgada y con mirada cautelosa parecía charlar con Bryony. Su postura y lenguaje corporal daban a entender mucha más edad de la que aparentaba, pero una edad psicológica, la misma que había visto en personas o lobos que habían sufrido alguna clase de maltrato.

El gruñido que estaba conteniendo surgió solo, si había algo que detestaba era el maltrato a una mujer, y ni que decir a una niña.

«Te emparejas con ella, ¿y ahora la dejas ir? ¿La echas sin que sepa siquiera que su vida ha cambiado para siempre? Si no fueras más alto que yo, te pondría sobre mis rodillas y te zurraría, Adam».

Eve se había puesto como una fiera cuando se enteró del desastre que había originado. En realidad, se había enterado toda la maldita casa, llena como estaba en ese momento, con varios miembros del clan con quienes habían celebrado la noche anterior.

«Ella es humana, hijo. No puedes pretender que de la noche a la mañana acepte que hay un mundo más allá del que conoce y que, además, se ha emparejado contigo. No lo comprende. Tienes que darle tiempo, y sobre todo, enseñarle lo que significa ser la compañera de un lobo».

Sharon había sido la única voz de la cordura en todo el jaleo que sobrevino a la fatídica noche. La única con el tacto, la ternura y la paciencia suficiente como para sacar a su nueva compañera del mutismo en el que se había sumido.

Durante el mes que pasaron juntos bajo el mismo techo, Sharon había sido su nexo de unión, gracias a su antigua niñera pudo acercarse a Bryony y ella pudo comprender el mundo en el que había caído sin invitación.

«¡Estoy atrapada, Adam! ¡Atrapada en una maldita pesadilla de la que no soy capaz de despertar! ¡Déjame ir! ¡Deja que me vaya! ¡Libérame!».

Esas palabras fueron el comienzo de todo. Estaban solos en casa, él estaba sentado tras el escritorio de la biblioteca, terminando unos papeles y ella había entrado hecha una fiera en sus dominios. La tensión que ya venían acumulando las últimas semanas decidió explotar y entre gritos, arañazos y mordiscos, terminaron rodando por la alfombra como dos animales en celo. La poseyó con fiereza, la marcó al puro estilo lobuno y la hizo llorar, por primera vez en toda su existencia, hizo llorar a una mujer.

«Puedes irte, Bryony. ¿Quieres libertad? Te daré un año de esa preciada libertad, pero ni un día más. Así que, aprovéchalos bien, compañera, porque cuando termine el plazo, iré a por ti».

La había dejado marchar y Sharon se había ido con ella. La mujer decía tener un deber para con él y era cuidar de su futuro.

«Solo necesita comprender el mundo que has puesto a sus pies. Cuando lo haga, cuando entienda qué significas en su vida, regresará. Es tu compañera, Adam, la única para ti».

—Ya es hora de que regrese a casa —murmuró, mirando todavía la foto. Ahora que Sharon se había ido, no podía permitir que Bryony estuviese sola—, al lugar al que pertenece.

Ruan se rascó la barbilla, un movimiento pensado para dilatar su respuesta.

—Esto va a ponerse realmente interesante.

Lo fulminó con la mirada, pero tenía que estar de acuerdo con él, pues la empresa en la que estaba a punto de embarcarse, no sería precisamente sencilla.

CAPÍTULO 1

—¿ESTÁS bien?

Bryony levantó la mirada del ramo que estaba preparando y la dirigió a su compañera de trabajo. Sierra llevaba en la floristería poco más de un mes, era una muchacha reservada, pero capaz de conectar con la gente. Se limpió las manos en el delantal verde que protegía la ropa de la suciedad y le dedicó una sonrisa.

—He tenido días peores —respondió con una mueca, al tiempo que levantaba el pulgar por encima del hombro y señalaba la cortina que separaba el mostrador de la trastienda—. Al menos la mercancía ha llegado a su hora.

Los sagaces ojos, demasiado viejos para un rostro tan joven, se clavaron en ella con escepticismo.

—No me refiero a eso y lo sabes —puntualizó, dándole la espalda para volver a sus quehaceres.

Resopló para sus adentros. Sabía muy bien a que se refería Sierra, pero no quería pensar en ello. Si lo hacía, se echaría a llorar allí mismo y se había prometido casi un año atrás, que no volvería a derramar ni una sola lágrima delante de nadie.

—A veces es necesario llorar a las personas que queremos cuando estas nos dejan —continuó la muchacha, en apenas un susurro de voz—, es nuestra forma de decirles adiós y seguir adelante.

Sharon se había ido. El fugaz recordatorio hizo que los ojos se le empañasen los ojos y le picasen con las lágrimas.

—Voy a desempaquetar las nuevas flores que llegaron —anunció con voz queda—, hazte cargo del mostrador.

Sin una palabra más desapareció tras la cortina, una solitaria lágrima se escurría ya por su mejilla, la primera de muchas más que sabía le seguirían.

La vieja loba se había ido durmiendo. Esa certeza era lo que la había despertado en medio de la noche, eso y un sonoro aullido resonando en su alma fue lo que la sacó de la cama y la catapultó a través del coqueto apartamento que compartían en Boston. Tenía un rostro tan pacífico, tan dulce, durante unos breves instantes se negó a plantearse la posibilidad, una que podía sentir a un nivel primario.

Pero ella se había ido. Su mentora durante ese último año, la mujer que la había acogido bajo el ala cuando todo se desmoronó a su alrededor un año atrás, acababa de morir dejándola nuevamente sola.

¿Cuánto daño más podía hacerle el destino? ¿Cuántos escollos deseaba ponerle en el camino?

Las lágrimas brotaron sin nada que las detuviese, se llevó la mano a la boca y ahogó un sollozo que amenazaba con reverberar en el reducido lugar. Deseaba gritar, desgañitarse hasta dejar la garganta en carne viva, pero no podía permitirse tal

flaqueza.

«Eres la compañera de un alfa, tienes que ser fuerte, pues de tu fortaleza, él extraerá la suya y tus debilidades se convertirán en sus debilidades».

Se llevó las manos a los oídos como si así pudiese acallar esa trillada frase que Sharon nunca dejaba de repetirle. La loba —parecía mentira que por fin se hubiese acostumbrado a ese término— había caído en su destartalada vida una semana después de que él le hubiese concedido aquella breve libertad. Sharon la arrancó de la habitación de hostel en la que se había instalado provisionalmente para alojarla en su actual vivienda, un departamento de nueva construcción en un bonito y seguro barrio de Boston.

De qué manera había protestado. Cómo le había gritado y rogado que volviese con él y la dejase en paz. La loba no le hizo el menor caso, por el contrario, la obligó a sentarse en el maldito sofá y escuchar cada una de las historias que guardaba de la niñez de su compañero.

Un compañero.

Un maldito lobo.

El alfa de su clan.

Un jodido engendro.

Se llevó la mano a la mejilla con gesto instintivo, recordando el dolor y la laceración en el interior de la boca que le impidió comer algo más que sopa durante una semana. Una mujer tan menuda como Sharon y de su edad, le había girado la cara de una bofetada. Sus palabras habían sido tan serenas y llenas de emoción cuando la miró que había terminado llorando a moco tendido.

«El que no comprendas su mundo, no te da derecho a insultarlo. Ahora tú también formas parte de él, así que en vez de quejarte y lamentarte, intenta aprender de él. Escucha tu interior y piensa que cuando le insultas, te estás insultando a ti misma».

Lo había hecho, incluso a regañadientes, dejó que la mujer la llevase de la mano a través de un mundo que hasta esa mañana después de Acción de Gracias, ni siquiera sabía que existía.

—¿Por qué has tenido que irte ahora, *nana*? ¿Por qué?

Nana. Así era como le había pedido que la llamase. Cómo había llegado a verla. Como esa cariñosa y paciente nodriza que velaba por ella en todo momento, incluso cuando se ponía de luna.

Se abrazó a si misma durante unos instantes, sorbió por la nariz y miró a su alrededor con nostalgia. No necesitaba que nadie se lo dijese, el tiempo de gracia que le fue concedido estaba llegando a su fin y él la reclamaría de nuevo.

«Tu lugar está a su lado. Tú lo sabes y yo lo sé. Así como también él. Nada se interpondrá entre un lobo y su compañera, recuerda mis palabras, Bryony. Nada».

Se estremeció. Tendría que renunciar a este trabajo, a la ciudad de Boston y marcharse a cualquier otro lugar en el que él no pudiese encontrarla.

Adam.

El hermano mayor de su —entonces— mejor amiga. Incluso eso había perdido con ese fatídico encuentro.

Eve la había invitado a pasar unos días con ella en la casa familiar. Le aseguró una y otra vez que sería bienvenida, durante más de una semana parloteó una y otra vez de lo bonita que era la ciudad, de lo diferente que era, de la gran casa en la que vivía y lo bien que estarían las dos.

«¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte de nuevo sola en esa choza? Ven conmigo a Toronto, pasaremos Acción de Gracias juntas».

Y aceptó. Habiendo sido abandonada a las puertas de un hospital nada más nacer y pasar la mayor parte de su infancia entre hogares de acogida, dónde se sentía más una extraña que parte de la familia, la idea de poder celebrar esa significativa fiestas en compañía de alguien querido, fue un aliciente poderoso.

Pero todas sus ilusiones y fantasías cambiaron de la noche a la mañana en el preciso momento en que posó sus ojos sobre Adam Blake.

«Bienvenida a Canadá, señorita Evans».

Desde el mismo momento en que cogió su mano y se la llevó a los labios, su vida cambió. La atracción fue inmediata, el deseo ocupó todo el espacio, uno nacido de la necesidad y que la atraía irremediabilmente hacia él. Debía haberle hecho caso a su amiga, Eve la previno en cuanto se dio cuenta de lo que ocurría, pero, ¿por qué escuchar a su mejor amiga cuando un hombre como Adam se fijaba y mostraba tanto interés en alguien tan simple como ella?

A sus ojos, él había sido entonces su caballero de brillante armadura. Un hombre adulto, seguro de si mismo, elegante y educado, uno que mostraba abiertamente su atracción por ella y que la conquistó con tan solo un chasquido de los dedos. No importaba que fuese casi once años mayor que ella, él la quería e hizo todo lo que estuvo en su mano para seducirla y retenerla a su lado... y en su cama.

—Maldito seas, Adam Blake —masculló en voz baja, borrando el rastro de lágrimas del rostro con los puños de la camiseta.

Adam había cambiado su vida por completo, la ató a él sin preguntarle siquiera si estaba de acuerdo, la persiguió sin dejarle saber quién era en realidad y cuando finalmente sucumbió, vertió sobre su cabeza toda una vida de tradiciones y de rarezas que estuvo a punto de hacerla perder la cabeza.

Ella, una insulsa humana de veinticinco años, acabó emparejada con un lobo, miembro de una antigua raza sobrenatural que solo existía en el folclore y los mitos, y que aún encima, tenía sobre sus hombros el peso de ser el jefe del clan lupino que custodiaba la región este de Canadá.

Sí, su vida se había ido al infierno en el transcurso de la noche de Acción de Gracias, una que no podía borrar por más que quisiera.

—Mierda, mierda, mierda, ¡mierda! —empezó a mascullar en voz baja, al tiempo que se ensañaba con el cordón de tanza que envolvía uno de los paquetes de rosas que

recibieron a primera hora—. ¡La culpa es toda de ese maldito lobo!

Siguió rezongando en voz baja, maldiciendo aquellas fechas y los tempraneros villancicos que no habían dejado de sonar desde hacía casi una semana, algo de admirar teniendo en cuenta que faltaba casi un mes para navidad; una cantidad de tiempo considerable para volverse loca.

—¡Bry! ¡Tienes visita!

Hizo una mueca, ¿otra vez el idiota del departamento de videojuegos? ¿Cuántas veces tenía que decirle que no estaba interesada en salir con él?

—En horario laboral no atiende a nadie que no sea un cliente —respondió, alzando la voz—. Dile que vuelva con sus juguetitos y me deje en paz o la próxima vez que le vea, le presentaré al *Lobo Feroz*.

No escuchó la respuesta, pues continuó rezongando al tiempo que se deshacía del envoltorio y se tomaba un momento para aspirar el delicioso aroma de las rosas.

—Quizá debiese hacerlo —murmuró para sí, pensando en el *Lobo Feroz* que ella conocía—. Oh, *Caperucita*, pero que mala leche tienes...

—Algo de lo que sin duda, yo puedo dar fe.

Se quedó helada, apretó con fuerza el tallo que tenía en las manos y solo reaccionó cuando se clavó la espina en la palma.

—Mierda... joder... —gimió, dejando caer la flor para llevarse la mano a la boca al mismo tiempo que alzaba la mirada y lo veía—. ¿Qué diablos haces tú aquí?

De pie, vestido con traje y corbata y un caro abrigo, con el pelo negro revuelto y esos profundos y vivos ojos azules clavados en ella, su atractivo compañero era sin duda el vivo retrato del *Lobo Feroz*.

—He venido a buscarte, *Caperucita* —declaró, al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos del abrigo y tras cogerle la palma y examinar por sí mismo el daño, se la llevó a los labios y lamó la herida—. Ha sido un año muy largo, Bryony, ¿lista para volver a casa?

Retiró la mano de inmediato de la suya, la apretó contra su pecho y retrocedió.

—No se ha cumplido el plazo —replicó, sin saber qué otra cosa decir en ese momento. Su presencia ya era de por sí bastante perturbadora.

Había esperado verlo en el funeral de Sharon, se había mentalizado para ello, pero él no solo no había aparecido si no que había enviado en su lugar a Eve. Su amiga la había saludado y se había quedado después a su lado sin decir nada, como si fuesen dos extrañas y no las mejores amigas que habían sido un año atrás. Ese distanciamiento le había dolido, pero no era tan egoísta como para no saber que ella tenía también parte de culpa. Si hubiese escuchado sus palabras, si hubiese estado dispuesta a sentarse con ella y hablar... Sí, Eve le había ocultado la verdad, pero era una verdad que no habría sido fácil de explicar y que, si era sincera consigo misma, no era más importante que perder a una buena amiga.

—Acordamos un año —le recordó, sintiendo como le temblaban las piernas al tenerlo por fin ante ella. Su corazón empezó a latir con fuerza, como si se alegrase de

verle, como si fuese todo lo que había estado esperando durante esos largos meses.

Él se limitó a encogerse de hombros, sus ojos siempre fijos en ella, impidiéndole escapar.

—Me he cansado de esperar.

CAPÍTULO 2

LA expresión en el rostro de su compañera casi lo hace sonreír. Casi. Estar de nuevo ante ella, después de diez meses sin más contacto que el de los informes y fotos facilitados por la persona que había contratado para mantener un ojo sobre Sharon y ella, despertaba un anhelo que permanecía dormido, agazapado a la espera de esa nueva oportunidad.

Ya no olía a menta fresca, su desarrollado olfato captó una mezcla floral mucho más suave unida a la de las rosas con las que había estado jugando. Ya podía sentir como la saliva se le acumulaba en la boca obligándole a tragar. Si en aquellos momentos estuviese en su forma lupina, no albergaba duda alguna de que tendría la lengua colgando.

Céntrate, Adam. Céntrate. Ya... la comerás después.

Su aire juvenil había desaparecido en el transcurso de este último año, la dulzura en su mirada se convirtió en profunda desconfianza, su rostro, carente de maquillaje cuando la conoció por primera vez, ahora contenía una capa que la convertía en alguien que no era. Gruñó, no pudo evitarlo, no le gustaba ese cambio, no le gustaba que se enmascarara tras una fachada.

—Llevas demasiado maquillaje —declaró con firmeza. Se mojó la yema del pulgar con la punta de la lengua y lo frotó sobre su mejilla, la cual poseía un sonrojo artificial.

El contacto fue como un latigazo para sus sentidos, quiso gimotear de placer y sobre todo alargarlo, pero ella se lo impidió.

—No me toques —jadeó, dando inmediatamente un paso atrás. Sus labios se abrieron brevemente, su pecho empezó a subir y bajar como si acabase de terminar una maratón y sus ojos... en ellos pudo ver su misma reacción reflejada en ella.

—Soy el único que tiene derecho a hacerlo.

Si fuese un gato, ahora mismo tendría erizada hasta la cola, pensó con cierta ironía. Sus ojos eran como dardos marrones llameantes clavándose en su piel, algo que más que fastidiarle, aumentaba su deseo.

Demonios, la abstinencia prolongada no era buena para un lobo, especialmente cuando estaba emparejado y su compañera olía tan bien.

—¿A qué has venido?

La pregunta directa, formulada en un siseo lo obligó a centrarse una vez más.

—A llevaros a casa.

Bryony parpadeó varias veces, como si no pudiese comprender el significado de sus palabras.

—A Sharon y a ti —explicó con esa pacífica actitud que sabía sacaba de quicio incluso a sus contemporáneos—. Ella debe descansar en casa.

Notó el breve estremecimiento que sacudió su cuerpo, un gesto que habría pasado por alto para cualquiera con excepción de él mismo. El brillo en sus ojos, la forma en que apretaba suavemente los labios, la tensión en sus hombros... Había dolor en ella, dolor por la pérdida, uno que también habitaba en su propio interior y en el de su clan. Sharon había sido una gran loba y era querida por todos.

—No estuviste en el funeral.

El reclamo era palpable en su voz, un reproche que no esperó encontrar en ella y que sin embargo le transmitió ciertas esperanzas.

—Envié a Eve.

Ella entrecerró los ojos, como si quisiera decir algo, pero cambiase de idea en el último momento.

—No es lo mismo.

—¿Me necesitabas a tu lado, Bryony?

Sacudió la cabeza en una firme negativa y le dio la espalda.

—No he necesitado ni necesito nada de ti —declaró con firmeza—. Pero a ella le habría gustado que estuvieses allí.

—Sharon no tenía problemas en decir lo que quería —comentó, conociendo la actitud de la vieja loba—. Si ese hubiese sido su deseo, me habría convocado mucho antes. En cambio, eligió permanecer a tu lado y cuidarte para mí.

Se giró hacia él como un resorte, su mirada puro fuego.

—Decidió quedarse conmigo por su propia tozudez, nada más y nada menos —siseó, temblando ante la intensidad de su presencia—. Y nunca dijo ni una sola buena palabra de ti.

Ah, una profunda y fragante mentira. Arrugó la nariz ante el ácido aroma y casi se imaginó a sí mismo sacudiendo el pelaje.

—No habrá mentiras entre nosotros, compañera —le recordó, clavó sus ojos en los de ella y le sostuvo la mirada—. Recuerda quien soy, Bryony y lo que puedo hacer. No me mientas, pues lo sabré, como tú también sabes que no me gustan lo más mínimo las mentiras.

Sus manos cayeron sobre la pequeña mesa que se interponía entre ambos, un fuerte golpe que resonó en el pequeño reservado que hacía la función de trastienda y que envió algunas de las rosas al suelo.

—Lo único que sé es que has roto tu palabra —declaró, ahora con total sinceridad—. Acordamos un año y este todavía no se ha cumplido. Lo único que sé a ciencia cierta, es que no quiero verte. No te quiero cerca de mí, no quiero...

—Demasiada verborrea sin sentido —declaró, rodeando la mesa para finalmente actuar al modo *alfa* sobre ella—. Demasiadas palabras saliendo de esta bonita boca y que no hacen más que retrasar lo que deseo.

Alzó la mirada, enfrentándose a él con esa mezcla de timidez y decisión que era nuevo en ella. No se amilanaba y eso le gustaba, le gustaba a un nivel muy profundo. Diablos, se sentía orgulloso de ella y también lo estaba su lobo, aunque desease la

inmediata sumisión de su pareja.

—Y lo retrasarán aún más —murmuró ella, sin apartar la mirada. Su voz temblaba, pero estaba lo bastante decidida a continuar—, porque si me pones una sola mano encima, voy a gritar hasta quedarme afónica y echar sobre ti a todo el equipo de seguridad de este jodido sitio.

Chasqueó la lengua.

—Esa boquita —le acarició los labios con el pulgar y tuvo que retirarlo de inmediato cuando los blancos dientes se cerraron de golpe. Se rio, no pudo evitarlo—. Ten cuidado, Bryo, acabarás por lastimarte si sigues así.

—No me toques y no tendré que repetirlo.

Enarcó una ceja y se acercó un poco más, obligándola a retroceder hasta que la tuvo enjaulada entre la mesa su cuerpo y la estantería que había tras ella.

—Te has convertido en una bonita y fiera loba, compañera.

Alzó de nuevo la barbilla, desafiándole abiertamente, algo que hacía que todos sus instintos empujasen por la supremacía y la doblegación de su pareja.

—No. Soy. Una. Loba —siseó una vez más, marcando cada palabra con un golpe de aire.

Asintió.

—No, físicamente no lo eres —aceptó al tiempo que la recorría con la mirada y se relamía ante lo que veía—, pero estás emparejada con uno, lo que te convierte en una loba, una a la que he echado muchísimo de menos.

Su afirmación la golpeó, pudo notarlo en la forma en que tembló, en la manera en que su cuerpo reaccionaba a su presencia. Le dolían los dedos por acariciarle los pechos, por deslizar el pulgar sobre las protuberancias que ya se marcaban contra el delantal. Estaba excitada y él podía olerlo con meridiana claridad.

—Es hora de que vuelvas a casa y ocupes el lugar que te corresponde —sentenció, cogiéndole la barbilla con los dedos—. A mi lado... y en mi cama.

Se estremeció una vez más, pero sus palabras no borraron la furiosa rabia que ahora reflejaban sus ojos.

—Vete al infierno —articuló palabra con palabra, dotándola de pura rabia—, y haznos un favor a ambos quedándote allí.

Chasqueó la lengua, deslizó la mano por su mandíbula hasta hundir los dedos en su pelo y aferrarla de la nuca. Le echó la cabeza hacia atrás, sometiéndola, intimidándola con su cuerpo y su presencia.

—Quizá necesites un pequeño recordatorio de lo que nos une —le respondió, vertiendo el aliento en su oído—, así que permíteme ponerte al día.

No le dio tiempo a pensar, apretó los dedos en su delicada nuca y la atrajo hacia su boca penetrando sus labios con la lengua y obligándola a responder. Ella no lo defraudó, correspondió a su beso y enlazó la lengua con la suya con esa misma urgente necesidad que habitaba en él.

—Podremos pasarnos media vida peleando, Bryony —le susurró, lamiéndole

ahora los labios—, pero no hay duda dónde pasaremos la otra mitad.

Volvió a besarla con ganas, las de un lobo hambriento de su compañera.

CAPÍTULO 3

BRYONY estaba segura de que ese hombre tenía la capacidad de hacerle papilla el cerebro. Todo su cuerpo había reaccionado ante la presencia masculina, poniéndose a bailar como una bailarina en la barra de una discoteca a pesar de lo que su mente se esforzaba en advertirle.

No lo hagas. No dejes que te embauque otra vez. No sucumbas.

Pero era mucho más sencillo decirlo que hacerlo, especialmente cuando la tenía entre la espada y la pared; o lo que era lo mismo, entre ese magnífico y apetitoso cuerpo y la estantería. Sabía que tenía que odiarle, resistirse con uñas y dientes, pero todas las neuronas de su cerebro parecían haberse fundido al unísono convirtiéndola en una muñeca de trapo.

—No tienes derecho a hacerme esto —se encontró farfullando, luchando por escapar de sus labios y esas manos que la dejaban temblando y deseando más—. No puedes aparecer y pretender que... que...

Le puso los dedos sobre los labios y se inclinó hasta que sus miradas quedaron a la misma altura.

—Tengo el derecho que me da el que seas mía —aseguró, sus ojos azules más oscuros que de costumbre, casi sobrenaturales—, el que me da el haber estado lejos de ti durante estos malditos meses que me obligaste a darte. He sido todo lo paciente que he podido, Bry, pero nunca he sido un santo y no voy a empezar ahora, ni siquiera por ti.

Volvió a besarla, acallando cualquier respuesta que su vapuleado cerebro hubiese podido conjurar. Para su propio asombro, se encontró apretándose más contra él, devolviéndole los besos y luchando al mismo tiempo por recuperar el espacio que su sola presencia le arrebatava.

¿Podía acaso caer más bajo? Durante meses y meses se había prometido que no caería en sus garras, intentó incluso citarse con otros hombres pero el resultado había sido más que desastroso. Los besos de otros no la hacían arder como los de Adam, las caricias de esos otros la enfermaban más que la encendían, había sido incapaz de ir más allá, rompiendo en descontrolado llanto después de cada episodio. Él la había contaminado, la había marcado para siempre y ya nunca volvería a tener libertad.

«Estás marcada, ¿qué esperabas? Eres su compañera, los lobos se emparejan de por vida. Le perteneces como él te pertenece a ti, no habrá otro igual en todo el universo, nadie que te llene y te haga sentir de esa manera. ¿Fidelidad? Los lobos llevan esa palabra al extremo una vez encuentran a su pareja, pequeña, no hay nadie más para ellos».

Sharon le había dado aquella charla una noche, después de que volviese a casa echa un mar de lágrimas y maldiciendo a todos los hombres existentes en la faz de la

tierra. Había estado tan enfadada y se había sentido tan herida que nada podía consolarla.

«Estás reaccionando igual que una loba furiosa, posiblemente me haría gracia si no sintiese tanta pena por lo que tú misma te estás haciendo. Vuelve con él, Bry, vuelve con tu compañero. Deja de sufrir».

No lo había hecho, como tampoco volvió a salir con ningún otro hombre y ahora, aquí estaba él, despertándola de un largo letargo al que él mismo la había sometido con su reclamo aquella noche de navidad.

—No es justo —musitó, sin saber muy bien si lo decía para consigo misma o para él—. No es justo.

—La justicia está sobrevalorada en nuestros días —le susurró al oído, entonces le mordió suavemente la oreja—, a estas alturas deberías ser más que consciente de ello.

Sacudió la cabeza, intentó apartarse solo para que él la sometiese de nuevo, empujándola contra la estantería.

—No luches contra mí, Bryony, no vas a ganar.

Se mordió el labio inferior, solo para sentir como sus manos obraban por si solas, empujándole.

—No puedes hacer esto —declaró con firmeza, al menos toda de la que fue capaz—. No puedes aparecer así y pretender...

La silenció con un nuevo beso.

—Sí, puedo —aseguró, totalmente complacido consigo mismo.

Intentó desembarazarse de él, se revolvió en sus brazos pero todo lo que consiguió fue sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo.

—No, no puedes —insistió, fulminándole con la mirada—. Estamos en un establecimiento público, hay una jodida cortina que separa la zona principal del almacén y...

—Y hablas demasiado —aseguró, devorando una vez más su boca, arrancándole un gemido de frustración—. Tengo hambre de ti, tanta como tú tienes de mí y no soy tan caballeroso como para retirarme ahora, no sin una satisfacción.

Resopló y descansó ambas palmas contra su pecho. La tela del traje era suave al tacto y él olía tan bien que su mente se encontró naufragando por momentos.

—Sierra podría entrar en cualquier momento... por favor —cambió de táctica.

Él gruñó, se separó lo justo de ella para mirarla a los ojos y no pudo hacer otra cosa que contener el aliento cuando vio como estos reflejaban al lobo. Si bien no era la primera vez que veía algo así, gracias a la compañía y enseñanzas de Sharon, sí que era la primera que lo contemplaba en los de Adam.

—No entrará —murmuró, su voz era muy profunda, casi animal—, es una muchacha inteligente y sabe captar una indirecta sin mucho esfuerzo.

Sus palabras la pusieron alerta, no pudo evitar indignarse al pensar en este maldito hombre avasallando a su compañera.

—¿Qué le has hecho? —siseó—. Como la hayas asustado, juro por dios que...

Se rio en voz baja.

—Dudo mucho que una manada entera de lobos consiguiese asustar a esa criatura —aseguró y había verdadero orgullo en su voz—. Si hace que te sientas mejor, te diré que amenazó con castrarme si te hacía daño.

La sorpresa que implicaba tal afirmación la noqueó. ¿Sierra haciendo amenazas? ¿A él? Si no fuese porque sabía que no le estaba mintiendo, se habría reído de buena gana ante tal absurdo.

—Y ahora, si dejas de hablar y respondes como debes hacerlo —insistió, acariciándole el cuello con la nariz—, nos harás a los dos mucho más felices.

—¿Quién dijo que tengo la más mínima intención de contribuir a tu fel...?

A duras penas pudo ahogar un gemido cuando le acunó los pechos. Los pulgares rozaron los pezones por encima del delantal endureciéndose aún más bajo sus caricias.

—Hay demasiada tela entre mis manos y tu piel.

Las grandes manos se hicieron eco de sus propias palabras y atacó su ropa, pero para su sorpresa, lo hizo con tranquilidad y no con el frenesí que proclamaba cada uno de sus movimientos. El delantal terminó encima de la mesa, los botones de la blusa fueron cediendo uno tras otro hasta dejar a la vista el sujetador de algodón y la suave piel de sus pechos los cuales no se privó en amasar.

—Ah, esto está mucho mejor —murmuró, deslizando los dedos por la cálida piel expuesta.

Gimió y se aferró a las solapas de la chaqueta del traje al tiempo que apretaba los muslos bajo la falda.

—No puedo creer que estés haciendo esto —musitó, luchando por mantener los sonidos del deseo a raya—. No puedo creer que yo te lo esté permitiendo.

De nuevo esa profunda risa resonó en sus oídos.

—Si es lo que quieres creer, no seré yo quien lo desmienta.

Cada una de sus palabras estuvo acompañada por caricias, su boca pronto abandonó su rostro para prodigarle pequeños besos y lametones a los hinchados pechos, llegando incluso a morderla con suavidad a través de la tela.

—Eres despiadado —rezongó.

—Soy el *Lobo Feroz*, ¿no fue eso lo que murmurabas?

—Es una verdadera pena que esta *Caperucita* no tenga un arma a mano en estos momentos —repuso, con un resoplido.

Como respuesta, apretó su pelvis contra ella, haciéndola plenamente consciente de la gruesa erección que ocultaba el pantalón.

—Yo puedo ponerte una...

—Eres un ca...

El aire se esfumó, dejándola jadeando cuando deslizó una de las manos por encima de la falda de lana y apretó sin compasión su sexo por encima de la tela.

—Esa boquita... —le susurró al oído, al tiempo que arrugaba la tela con los

dedos, tirando de ella, izándola hasta hacerla sentir el aire sobre sus piernas desnudas —. Veo que sigues teniendo la misma inclinación al insulto que cuando nos conocimos.

Bufó, no merecía otra respuesta, menos cuando su mano estaba incursionando en territorio hostil.

—Cuando nos conocimos no te insulté —le recordó, luchando por meter aire en sus pulmones y hablar al mismo tiempo—, lo hice después... cuando... cuando... joder...

—Prefiero el término hacer el amor.

—Nosotros no hicimos el amor, follamos —replicó enfurruñada. La manera en que se enrollaron sobre la alfombra no podía considerarse hacer el amor, había sido un encuentro carnal intenso y bestial en toda regla—. Te recuerdo que me mordiste.

—Me dejé llevar —aceptó, recogiendo la tela alrededor de la cintura—, es lo que suele provocar el hambre entre compañeros.

—Yo no te mordí —siseó en respuesta.

—No, me pegaste en el hombro con la base de la lámpara —le recordó oportunamente—, todavía tengo la cicatriz.

—Estaba apuntando a tu cabeza.

—Por suerte para mí, tu puntería no es muy buena —gruñó en voz baja, frotándose contra su cadera, haciéndola partícipe de su propia excitación—, pero ya habrá tiempo para hablar... después. Ahora... separa las piernas.

Deslizo los dedos entre sus muslos, acariciándole la delicada piel de la cara interior mientras le mordisqueaba el cuello.

—Hazlo, Bry —susurró con dulzura—, muéstrame que estás tan excitada por mí como yo lo estoy por ti.

Se estremeció, sus palabras eran como un dulce néctar en sus oídos, pero se negó a caer de nuevo en esa red. Apretó los muslos y lo dejó fuera.

—Será mejor que lo dejemos aquí y...

Le cogió la barbilla, enfrentándola una vez más.

—Se me está agotando la paciencia contigo —aseguró, su voz espesa y demasiado profunda—. Estoy intentando ser comedido, pero no me lo estás poniendo nada fácil.

—No te he pedido que lo fueras, no te he pedido que vinieses, no te he pedido... ¡nada!

—Lo sé, por ello, es una suerte que yo tenga mucho mejor criterio y sea lo suficiente egoísta como para desear tenerte a mi lado a pesar de todo —concluyó con fiereza—. Ahora puedes elegir, lo hacemos a tu manera o lo hacemos a la mía.

Apretó los labios y lo fulminó con la mirada, no estaba dispuesta a ceder ante él, si lo hacía ahora, estaría perdida.

—De acuerdo, que sea entonces a la mía.

Atravesó la barrera de sus labios y se sumergió en su boca con una intensidad tan

fiera como la de su primera unión. Su sexo respondió en consonancia, humedeciéndose todavía más, dispuesto para recibirle y disfrutar con sus atenciones.

¿Por qué su cerebro y su cuerpo no podían ponerse de acuerdo por una sola vez? ¿Por qué no podía rechazarle con el mismo ímpetu que lo hacía en su mente? El caer de nuevo en su red no traería nada bueno, no le reportaría si no nuevos dolores de cabeza.

Eres su loba.

¡No soy una loba!

Eres su compañera.

No lo soy.

Le deseas.

Maldita sea, conciencia. Cállate la boca.

Cuando él rompió el beso ambos jadeaban, sus ojos volvieron a encontrarse y tuvo que luchar por contener las lágrimas que ya le picaban. No iba a llorar delante de él. Nunca. Jamás.

—Déjame tenerte, Bry —le susurró, seduciéndola con su voz—. Sé que lo necesitas tanto o más que yo, déjame darnos a ambos lo que necesitamos.

No pudo sostenerle más la mirada, las lágrimas seguían allí, torturándola. Terminó por ocultar el rostro en el hombro de su abrigo, su cuerpo se aflojó contra el suyo y le permitió deslizar la mano entre las piernas. Se mordió los labios y cerró los ojos con fuerza cuando sintió sus dedos acariciarla por encima de la empapada ropa interior. En maldita buena hora se le ocurrió ponerse un tanga.

—Suave y mojada —musitó. Su sola voz la hacía estremecer—, tan dulce...

Un rápido tirón y el sonido de la tela rasgándose fue el único aviso de que el lobo había decidido tomar el control. Se estremeció y para su mortificación se mojó incluso más, todo su cuerpo se licuó de necesidad.

—Mía. —Un gruñido más que una palabra. Sus dedos la penetraron sin más, obligándola a alzarse de puntillas ante la repentina invasión—. Eres mía, Bry. Solo mía. ¿Lo entiendes?

Apretó los labios incluso más, casi podía sentir como se quedaba sin sangre.

—¿Lo entiendes, Bryony? —insistió, penetrándola una vez más con los dedos, con fuerza, tan profundo que resultaba molesto y a pesar de todo seguía encendiéndose por él—. Eres mi loba, mi compañera... dilo.

Gimió, las lágrimas se escurrieron de sus ojos, absorbidas de inmediato por la tela del abrigo, pero mantuvo el silencio.

—¿Conseguiré algún día que lo admitas? —suspiró, tratándola ahora con mayor suavidad un instante antes de abandonarla.

Se lamió los labios y se separó lo justo para poder hablar.

—No soy una loba.

Sintió, más que escuchó, como suspiraba. Su pecho se expandió bajo ella y notó sus manos entre ellos, haciéndose cargo de la cremallera de su pantalón.

—No, Bry, no lo eres —respondió, acariciándola ahora una vez más con la dura longitud de su pene—. Eres *mí* loba.

La penetró muy lentamente, llenándola con su miembro y su presencia al mismo tiempo. Desde la primera vez que estuvieron juntos, cada nueva unión había resultado incluso más intensa y no solo en el terreno sexual. Había algo que los conectaba, algo que iba mucho más allá de lo que podía entender, una conexión mística que la unía irremediabilmente a ese hombre, la misma por la que había necesitado huir.

—Sí, justo así —gruñó él, enterrándose profundamente en ella, manteniéndola en ese borde que rozaba el cielo y el infierno, sin moverse todavía—, la funda perfecta. La única para mí.

Gimió, dejó de luchar, su cuerpo se había rendido hacía ya tiempo y la inmediata posesión no hacía más que recordárselo. Ahogó las quejas de su mente, retuvo las lágrimas y enlazó los brazos alrededor de su cuello al tiempo que él la levantaba y la instaba a cruzar las piernas en su cintura.

No la soltó ni siquiera cuando barrió el contenido de la mesa, lanzando las rosas, cintas y demás utensilios al suelo. La posó sobre el borde, inclinándose sobre ella y buscar su mirada.

Quería que la follase sin más, que bombease en su interior como un loco mientras la hacía gemir y se retorció bajo él, quería que borrara ese momento y al mismo tiempo lo hiciese eterno.

No quería desearlo, no quería anhelarlo y sin embargo, durante todos esos meses separados, se había estado muriendo sin él.

—Dilo, pequeña —insistió, sus ojos azules presos de los de ella—, di que no está todo perdido.

Se lamió los labios y respiró hondo antes de apretarse contra él y reclamar ella misma su boca en un hambriento beso.

—Eso tendrás que preguntárselo a *Santa* —musitó, rompiendo el beso, sus ojos encontrándose con los suyos—, él fue el culpable de todo.

Sonrió, una sonrisa abierta y sincera. Entonces chasqueó la lengua y se retiró solo para volver a penetrarla.

—No volveré a ponerme ese maldito traje ni por todo el oro del mundo.

No la dejó responder, se limitó a poseerla como la primera vez, con hambre y fiereza, acallando sus gemidos con su boca y llevándolos a ambos a una liberación febril que le dejó la cabeza dando vueltas.

CAPÍTULO 4

—¿ENTONCES? ¿Cuál es vuestra historia? —preguntó Sierra, alternando la mirada entre él y Bryony.

—No hay historia —declaró su compañera.

—En realidad sí la hay.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Vete al infierno.

Adam no pudo evitar sonreír para sí satisfecho. Con el pelo despeinado, la ropa de nuevo puesta y ese estúpido delantal envolviéndola, su mujer olía a él y a sexo; una combinación del todo deliciosa.

—Esperaba que estuvieses de mejor humor —declaró, recorriéndola con la mirada—. Nos conocimos el año pasado, una semana antes de Acción de Gracias. Mi hermana estaba empeñada en que le echase una mano y me obligó a probarme un estúpido traje de Santa Klaus.

Sierra parpadeó y lo miró de arriba abajo con disimulo. La chica había estado atendiendo a una cliente cuando Bryony atravesó la cortina como una exhalación rumiando en voz baja algo sobre las jodidas hormonas. Su pequeña y adorable compañera se había detenido en seco, todo su cuerpo se había tensado en el mismo momento como si acabase de recordar dónde estaba exactamente.

La mirada que le dedicó cuando atravesó la cortina tras ella, era suficiente para hacerlo desaparecer, o en su caso, aumentar su deseo de quitarle ese maldito delantal, lanzárselo a su compañera y decirle que no la esperase ni mañana ni nunca en el trabajo.

—Sí, puedo ver lo horrible que debías estar, sí —murmuró la muchacha.

—Casi me dio una apoplejía cuando mi hermana Eve dejó el traje encima de la cama y me dijo que como... cabeza de la familia, tenía que hacer los honores y vestirme para la ocasión —aseguró, recordando aquel horrible momento.

Apenas se había probado el traje y las botas, dispuesto a decirle a su querida hermanita que no se pondría la peluca y la barba, ni por todo el oro del mundo, cuando la vio a ella de pie en el recibidor.

En ese momento se olvidó de todo excepto de la joven mujer que había entrado en su casa, una que olía a las mil maravillas y que captó toda su atención.

—Entonces la vi —continuó, cogiéndole la mano y llevándosela a los labios solo para besar el aire—, y decidí que no iba a escapárseme.

—Sí, puedo comprender esos arrebatos —comentó la muchacha—, en mi familia... se han dado mucho los últimos años.

—¿Tienes hermanos, Sierra? —preguntó, observando atentamente a la precavida muchacha. A primera vista no debía tener más de veinte años, su rostro juvenil estaba

así mismo marcado por la experiencia y algo le decía que ese suéter de cuello alto y el suave guante que cubría una de sus manos, no era una cuestión de moda, si no para ocultar viejas cicatrices.

La chica parpadeó, sorprendida por su pregunta, entonces se encogió de hombros.

—No de sangre, de hecho mi hermano mayor es más bien, algo así como un padre de acogida, barra tío —chasqueó la lengua—. Me negué a que me adoptase, así que me libré de él solo para ganarme el apellido de uno de sus amigos más cercanos, quien se casó... um... recientemente, si le preguntas a él y tiene un precioso bebé de dos añitos.

—Sin duda una historia interesante.

La chica asintió y se giró hacia Bryony, quien seguía manteniendo una mirada precavida y medio enfurruñada en su rostro.

—Si quieres irte, no hay problema —declaró mirando a su alrededor—, creo que podré arreglármelas para seguir vendiendo las *Flores de Pascua*. Es lo único que parece estar saliendo hoy.

—De ninguna manera, no voy a dejarte sola en la tienda la víspera de Acción de Gracias.

La rotundidad con la que pronunció aquella frase atrajo la atención de la chica y le provocó una risa.

—Y esa es una sutil manera de decirme que me vaya —comentó, posando los ojos en su compañera—. Tengo entendido que acabas a las siete. Te recogeré entonces y tendremos una... agradable charla.

Ella enarcó una ceja.

—¿Otra más? Pensé que nos habíamos dicho todo lo que podía decirse.

Se pasó la lengua por el labio inferior y ladeó la cabeza.

—Obviamente no todo, Bry —aseguró, utilizando a propósito esa abreviatura de su nombre—. Ni mucho menos, todo.

No pidió permiso, tampoco es que lo necesitara, la enlazó por la cintura y la atrajo hacia él para darle un rápido beso en los labios.

—No hagas ninguna estupidez, *lobita* —le susurró al oído—, no te gustarán las consecuencias.

Se apartó de él enseñándole casi los dientes, una mueca de lo más divertida, sobre todo para alguien empeñada en decir que no era una loba.

—Sierra, ha sido un placer.

La chica asintió, sin perderse el intercambio entre ellos.

—Lo mismo digo.

Con un último gesto de la cabeza, dio media vuelta y se marchó, dejando a ambas mujeres una vez más solas.

—Tu novio es... sorprendente —escuchó tras de sí.

—No es mi novio.

—Pues para no serlo, te ha follado a base de bien.

No escuchó el resto, fue incapaz de dejar de reír hasta abandonar el centro comercial.

CAPÍTULO 5

—A ver si lo he entendido bien —murmuró Sierra, al tiempo que empaquetaba una de las *poinsettia* de hojas amarillas para una cliente—. Es algo así como tu marido, pero no es tu marido, lo conociste el año pasado durante las vacaciones de Acción de Gracias y no has vuelto a verlo hasta ahora.

Bryony sabía lo absurdo que sonaba esa excusa, pero más allá de absurda, era la realidad, una de la que había estado huyendo todo este tiempo solo para darse de morros ahora con ella; en toda su gloria.

Suspiró, cobró a la cliente y echó un vistazo hacia la tienda. Faltaba poco más de una hora para cerrar, las ventas habían ido mucho mejor de lo que esperaba, quizá debido a la creciente fiebre navideña que instaba a los bostonianos a decorar sus casas con plantas propias de las fechas.

—Ese sería un buen resumen de la situación, sí.

La chica silbó por lo bajo.

—Y yo pensando que la manera en que se han conocido los miembros de mi familia era rara, pero chica, la tuya lo supera —aseguró, entonces frunció el ceño pensativa—, o quizá no. A ti no te ha disparado tu esposa, por no recordar siquiera que estaba casado contigo.

Enarcó una ceja ante el inesperado comentario.

—¿Debo preguntar?

Se encogió de hombros.

—Mi tutor. Él y sus compañeros son un poco... peculiares, pero son muy buena gente —aceptó, con una amplia sonrisa que rejuveneció su rostro—. Son mi familia, después de todo. Como no puedes deshacerte de ella, la quieres.

Sonrió ante la respuesta de la chica.

Familia.

Su sonrisa empezó a morir al recordar a la mujer que había sido eso, su familia, durante este último año, una que ya no estaba con ella. Sintió el conocido nudo en la garganta, las lágrimas amenazando con acudir una vez más y se obligó a tragarse la pena y mantenerse estoica. No podía derrumbarse ahora, no podía permitirse llorar su pérdida, no cuando estaba a menos de una hora de que su vida cambiase por completo.

Si algo sabía de Adam, era que no hablaba en vano. Volvería a buscarla a la hora acordada y se la llevaría, así fuese a rastras, de regreso a Toronto. ¿Y qué había allí para ella? ¿Cómo podría enfrentarse a todo un clan y a la censura que sin duda vería en sus ojos por su desertión?

Sharon no se lo dijo con palabras, pero era obvio que la loba no había aprobado su intención de mantenerse lejos de su pareja, especialmente cuando este era el alfa y

jefe de una de las regiones más importantes del país.

«Adam tiene un deber para con su clan, uno que se extiende ahora a ti también. Como líder, se espera de él fortaleza, sabiduría y justicia. La manada quiere un líder que no retroceda, quiere a alguien a quien poder seguir, a quien poder pedir consejo cuando las cosas se tuerzan. —Le había dicho Sharon en una ocasión, cuando se había negado, una vez más, a escuchar nada que tuviese que ver con ese hombre—. Y entonces, el líder se empareja. El alfa tiene una compañera, una que no es capaz de aguantar a su lado ni dos días sin desear escapar. Tu partida ha sido un duro golpe para él en muchos más sentidos de los que crees, Bry. Le has obligado a mostrarse incluso más duro, más frío y menos piadoso para que el clan pueda seguir confiando en su juicio. Y ese no es el verdadero Adam, no es el lobo que yo crie desde que iba en pañales».

Aquel juego de poder no podría durar mucho más, era perfectamente consciente de ello, aunque saberlo no ayudaba a su propia causa.

—Tengo que marcharme —musitó.

Sierra, quien había terminado con su tarea la miró y consultó al mismo tiempo el reloj.

—Es víspera de Acción de Gracias, la gente está ultimando los últimos preparativos pero no creo que haya mucho lío de aquí a la hora de cierre —le dijo con una divertida sonrisa—. Vete y mañana no se te ocurra madrugar, recuerda que es tu día libre.

Sí, había escogido el día de mañana libre ante la imposibilidad de venir a trabajar sin que los recuerdos se agolpasen en su mente, especialmente ahora que Sharon no estaba allí para hacerlos a un lado. Por desgracia, el causante de esos recuerdos sí estaba allí, en la ciudad, dispuesto a reclamar lo que, según la ley de los lobos, le pertenecía; Ella.

Tengo que irme. Tengo que salir de aquí. Ya no puedo esperar más.

Esa idea había vivido en su mente desde el principio, con cada nuevo pedazo de información que descubría sobre el mundo en el que había caído, su necesidad de huir se había acrecentado hasta el punto de que lo intentó una vez, pero no llegó mucho más lejos de la estación de autobuses; fue incapaz de subirse en uno.

Sharon se había reunido con ella por la noche, se había sentado a su lado en la soledad de la estación y le había acariciado el pelo durante minutos.

«Uno puede huir de los problemas o intentar dejarlos atrás, pero no puede huir de sí mismo, Bryony. Da igual lo mucho que corras, tú seguirás ahí».

Esa noche había llorado en sus brazos, dejó que la consolara bajo el arrullo de su voz, alejando los miedos hasta que solo quedó una silenciosa rendición.

Pero las cosas habían cambiado, Sharon ya no estaba allí para detenerla y el único con suficiente poder para hacerla cambiar de opinión había aparecido antes de tiempo en la ciudad. Era hora de emprender el vuelo.

—¿Estás segura de que podrás arreglártelas? —preguntó, mirando a su

compañera. Iba a echarla de menos.

—Claro que sí —aseguró, haciendo el signo de la victoria con los dedos—. Vamos, vete y diviértete.

No se lo pensó, simplemente la rodeó con los brazos y la apretó con suavidad.

—Te echaré de menos.

La chica parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Nos veremos pasado mañana, Bry —se burló—. No se me termina el contrato hasta después de navidad.

Ella asintió, dio un paso atrás y sonrió.

—No dejes que nadie te diga que hacer, Sierra.

La chica hizo una mueca, un gesto que le había visto alguna que otra vez y que contenía mucha amargura para alguien tan joven.

—Hace tiempo que dejé de seguir órdenes —aseguró, con un ligero encogimiento de hombros—. Venga, vete.

Ella asintió.

—Feliz día de Acción de Gracias, Sierra.

La chica asintió.

—Feliz Acción de Gracias, Bry.

Se quitó el delantal, cogió sus cosas y echó un último vistazo al que había sido su lugar de trabajo los últimos meses. Iría a casa, cogería la maleta que aguardaba ya lista debajo de la cama y volaría.

Y que dios la ayudase si la encontraba el lobo, pues de todo el reino animal, era sin duda uno de los mejores cazadores.

CAPÍTULO 6

—NO puedo creer que me estés obligando a helarme el culo aquí fuera —rezongó Ruan—. ¿Dónde ha quedado la vieja escuela? Llamar a la puerta, tocar el timbre, esas cosas, ya sabes...

Adam no contestó. De pie al otro lado de la calle, vigilaba el portal del edificio por el que había entrado Bryony hacía poco más de veinte minutos. No fue una sorpresa verla abandonar el trabajo antes de su hora de cierre, como tampoco lo era la forma en la que se mantuvo en guardia durante todo el trayecto a pie que separaba el centro comercial de la vivienda que había compartido con Sharon. Desde el primer momento fue consciente de que aquel reencuentro no iba a ser sencillo, nada de flores y bombones para ella, no hasta que la hiciese ver que huir no era la solución.

—¿Todos los lobos de vuestra región tienen los mismos problemas para someter a sus compañeras o es algo intrínseco en las humanas? La pareja de mi alfa también es un grano en el culo la mayor parte de los días, ¿y su hija? Oh, ella no es mucho mejor... Esa princesita nos trae a la manada de cabeza, literalmente.

Se giró hacia él y su verborrea y enarcó una ceja.

—No puedo imaginarme como un cachorro de seis años puede hacer eso.

El joven lobo chasqueó la lengua.

—Está claro que no estás acostumbrado a los críos, si no, no opinarías de la misma manera —respondió y señaló el edificio con un gesto de la barbilla—. Solo espera a que ella te de los tuyos, se te reblandecerá el cerebro.

Hijos. Con Bryony. Solo esperaba vivir el tiempo suficiente para presenciar tal milagro, pues en estos momentos la mujer estaría más dispuesta a arrancarle las pelotas que a hacerle padre.

—Muy posiblemente me lo reblandezca ella antes —musitó. Especialmente si seguía desafiándole de esta manera.

Por un lado, su naturaleza lobuna quería someterla, llevarla de vuelta a casa y encerrarla a cal y canto si era necesario para impedir que huyese, pero por otro, acostumbrado como estaba a vivir entre los humanos y a ver sus temores, podía comprender la necesidad que tenía la mujer de mantenerse al margen; esa era su vía de escape.

Todavía recordaba sus lágrimas, la desesperación en sus ojos cuando le había suplicado que la dejase ir. En ese preciso momento, más que en ningún otro, fue muy consciente de que no podía retenerla; si lo hacía, posiblemente la perdiese por completo.

Una pequeña e inocente humana empujada de golpe en el seno de un clan lupino, alguien totalmente ignorante de su mundo y de las maravillas que existían en él; habría sido imposible que no ocurriese aquello.

«Has podido perderla, si Eve no la hubiese detenido, habrías podido perderla ahí mismo».

Todavía se le helaba la sangre ante el recuerdo, ante lo que sintió al verla huir en plena ventisca y lo que esa loca escapada había traído consigo. Estaba tan enfadado con ella, tan ofuscado ante su falta de cooperación, ante su negación a entender las cosas que se había negado a salir tras ella. Le debía a su hermana que hoy su compañera estuviese viva, si Eve no hubiese salido tras ella, Bryony podría haber muerto bajo aquel maldito muro que se desprendió por las inclemencias del tiempo.

Cómo le había gritado cuando despertó, cómo se enzarzaron en una pelea verbal que derivó en una lucha mucho más carnal que lo llevó a marcarla una vez más al puro estilo del lobo. Le había clavado los dientes, sometiéndola, reclamándola para sí solo para dejarla marchar al día siguiente con la promesa de entregarle un año para ella misma.

Alzó la mirada hacia la fachada, la noche ya había caído sobre la ciudad y la luna llena iluminaba todo con su luz. Le entraron ganas de aullar, de gritar a pleno pulmón. Esta vez ella no escaparía, se acabaron los juegos, era hora de recuperar lo que era suyo y enseñarle a su díscola compañera, que su lugar estaba a su lado.

—No sé, tío, pero sigo creyendo que llamar a su puerta es una buena idea... —se interrumpió al ver como la puerta de la entrada volvía a abrirse y ella aparecía con una pequeña maleta de mano—, o quizá no.

Y ahí estaba, tal y como había sospechado. Su pequeña loba no iba a esperar mansamente su llegada. Si algo había aprendido sobre ella durante el mes que compartieron antes de que emprendiese el vuelo, era que siempre tenía la última palabra y una rápida inclinación por huir.

—De acuerdo, tu chica promete más diversión que la pareja de mi alfa —aseguró, con tono divertido.

Gruñó por lo bajo, no tenía las más mínimas ganas de ponerse a charlar en esos momentos con el sobreexcitado beta.

—Ruan, cierra el hocico y ve a la otra manzana.

El joven lobo sonrió.

—Ah, vamos a jugar a cazar a la lobita —ronroneó el lobo—, siempre me ha gustado esa clase de juegos.

Lo fulminó con la mirada, una que obtuvo la inmediata obediencia del lobo.

—Lo sé, lo sé, no tocar a tu chica bajo pena de muerte —alzó las manos y empezó a retroceder—. Yo estoy aquí únicamente como enlace político, Adam, considérame el chico de los recados.

—Vete.

No tuvo que repetírselo dos veces, en un abrir y cerrar de ojos ya había desaparecido entre las sombras. Lo último que vio fue una peluda cola marrón girando la esquina.

—De acuerdo, Bry —murmuró, entrecerrando los ojos, sintiendo ya la adrenalina

que le proporcionaba el juego de la caza—, juguemos un poquito.

Con un pensamiento abandonó su forma humana, adquiriendo la lupina. Sacudió el pelo de la cabeza a la cola y olisqueó el aire, el aroma de su compañera era incluso más nítido ahora y a él ya se le estaba haciendo la boca agua por probarlo otra vez.

CAPÍTULO 7

BRYONY no podía quitarse de encima la sensación de ser observada, más aún, de que alguien la seguía. Se detuvo y echó un vistazo alrededor, intentó escuchar entre los sonidos nocturnos de la calle pero ella no tenía el fino oído de su mentora.

Se estremeció, prefería no pensar en la posibilidad que pasó fugaz por su mente, sin embargo su cuerpo encontraba la idea de lo más atrayente a juzgar por cómo se le humedecía la entrepierna. Se lamió los labios, aferró con fuerza el asa de la maleta y tiró de ella con renovadas prisas.

—Este no es un buen momento para jugar a las hormonas salidas —murmuró para sí—. Concéntrate en el Plan A: Poner tierra de por medio.

Una opción sin duda muy apetecible, especialmente si podía llevarla lejos de allí a la velocidad de la luz. Sin embargo, la velocidad tuvo que adecuarse a la que podían imprimir sus pies sobre los tacones de sus nuevas botas, sumado al lastre de la pequeña maleta que llevaba con ella.

—Mochila, Bry, la próxima vez piensa en comprar una jodida mochila —rezongó, arrastrando el *trolley*. Las ruedas traqueteaban contra el suelo de adoquín provocando un ensordecedor sonido que empezaba a crisparle los nervios.

Acabó por llevar el equipaje en volandas, apurando el paso todo lo que podía y rezando a todos los dioses, ángeles o bichos raros que quisieran escucharla, que le dejasen alcanzar su destino sin incidentes.

Estaba claro que esa noche debían estar en huelga, pues el primer escollo se presentó ante ella en la forma de un hermoso, impresionante y jodidamente aterrador lobo pardusco que saltó desde la esquina provocándole un susto de muerte.

—¡Oh, joder! —clamó, incapaz de ahogar el grito que emergió de su garganta mientras soltaba la maleta de golpe y dada un inmediato paso atrás.

Para completar la absurda secuencia propia de una peli de *Serie B*, su siempre confiable equipaje —nótese la ironía—, decidió abrirse allí mismo, mostrando su contenido como si se tratase del puesto de restos de *boutique* en un mercadillo.

—Fantástico —siseó, entrecerró los ojos y fulminó al lobo—. ¡Mira lo que has hecho, chucho estúpido!

El enorme can se limitó a mover las orejas como si le importase más bien poco —o nada— su ropa, se lamió el húmedo botón que tenía por nariz y aposentó sus cuartos traseros en el suelo.

Quédate ahí quietecita y no te muevas. Eso era lo que parecía estar diciéndole sin necesidad de emplear una sola palabra. En otro momento y en otras circunstancias, posiblemente estaría gritando, suplicando y sollozando por su vida, pero dada la terapia de *shock* a la que la había sometido Sharon durante el último año, lo sorprendente era que no lo hubiese mandado ya a la mierda.

La mujer había considerado un hábito de lo más divertido el despertarla por las mañanas en su forma lupina, y cuando un animal de casi ochenta quilos se lanza sobre tu cama, te ladra y llena la cara de babas, empiezas a ver esos enormes dientes que podrían destrozarte enterita, como la sonrisa de un payaso. Si a eso le sumaba tener una manta de pelo gris pegada a ella mientras veían alguna película o una enorme cabeza peluda sobre su regazo mientras se enfadaba y gritaba al mundo la injusticia de su propia vida, al final o te morías del susto o terminabas acostumbrándote.

Y oh, sí. Ella se había muerto del susto muchísimas veces, Sharon había sido fiel testigo de ello.

«*Si vas a lloriquear como un bebé cada vez que me veas en forma de lobo, tendremos un verdadero problema. Yo soy la hembra de mi especie, mucho algo más pequeña que los machos y bueno, tú misma has podido comprobar que tu compañero, nuestro alfa, no es precisamente un pigmeo*».

No, no lo era. Ni. Mucho. Menos. El alfa era un pedazo bicho que, en circunstancias normales, haría que te hicieses una bolita en el suelo y rodases de lado a lado suplicando que no te coma.

Dejó a un lado toda esa tormenta cerebral y tras respirar profundamente se dedicó a recoger las cosas e intentar cerrar de nuevo su maleta.

—No te conozco —comentó entonces—, aunque puedo tener una ligera idea de dónde has salido o mejor dicho, de quien es el gilipollas que te ha enviado.

El chucho se limitó a lamerse una vez más la nariz, no parecía estar muy interesado en nada más que permanecer allí sentado.

—¿Dónde está él? —preguntó, al tiempo que luchaba por recolocar la cremallera de aquella inservible cosa—. Está ahí fuera, lo sé.

Resopló, se puso en pie y comprobó de nuevo la maleta. En esta ocasión optó por llevarla del asa. Sin embargo, estaba claro que el dulce y colmilludo animalito no tenía la menor intención de dejarla avanzar ya que le mostró una impresionante piña de dientes cuando lo intentó.

—Vuelve a hacer eso, chucho y te tiro todos y cada uno de los dientes de una patada —lo amenazó, apuntándolo con el dedo.

El can se limitó a levantarse, su mirada pasó entonces más allá de ella y supo sin lugar a dudas quién estaba a su espalda.

—A ver qué adivino —soltó en voz alta—. Grande, feo y malo. ¡Es el *Lobo Feroz!*

«*¿Grande, feo y malo? Tendré que llevarte al oculista, compañera*».

Se estremeció al escuchar su voz en la cabeza. Sharon había hecho aquello muy a menudo, sobre todo cuando estaba en forma lupina, pero no tenía nada que ver con lo que la voz masculina provocaba en ella. Le temblaban las piernas, se le puso la carne de gallina y se vio obligada a apretar los muslos al sentir como se excitaba con su sola presencia.

Maravilloso, ese lobo era como un paquete de feromonas concentrado.

Giró muy despacio en su dirección, preparándose mentalmente para el *shock* que suponía reconciliar esa voz con su forma lupina. Ambos sabían que nunca podría ganar un concurso de mentirosos. Sí, él era grande, enorme de hecho y con esa perfecta y blanca dentadura al desnudo, podía parecer amenazante y malo pero, ¿feo? La criatura que tenía frente a ella era un hermoso lobo blanco, con unos intensos y raros ojos azules, una mutación genética que no hacía sino aumentar la magnificencia de ese ser. Unos pocos pelos grises le salpicaban las orejas y el lomo, como si fuesen hilos de plata, el espeso pelaje actuaba como una incitante alfombra en la que te morías por hundir las manos; eso cuando se te pasaba el susto de encontrarte ante tremendo animal. Si Sharon le había parecido enorme en su forma lupina, Adam no se quedaba atrás.

Sacudió la cabeza, miró a su alrededor y se echó a reír. Sí, la situación era motivo de risa. Allí estaba ella, con una maleta rota a su lado y dos lobos flanqueándola en medio de una calle iluminada y decorada con motivos navideños.

—Y ahora solo falta que aparezca Santa Klaus —declaró.

Ese episodio debía ser grabado para el programa de *La Otra Dimensión*, pensó muriéndose de la risa. No podía estar sucediendo aquello, era demasiado bizarro, especialmente cuando un grupo de borrachísimos Santa aparecieron abrazados y cruzando la calle cantando a voz en grito “*A Mi Manera*”.

—Luke, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Una chica y dos perros.

—Sí, vale. Estás viendo lo mismo que yo.

—¡Feliz Navidad, señorita! ¡Feliz navidad, perros!

—Will, todavía falta un mes para navidad.

—¿Y por qué vamos vestidos de Santa?

—La despedida de soltero del cabrón de tu cuñado.

—Ah, ya... vale, vale...

El quinteto siguió un serpenteante camino, al tiempo que agitaban la campana y entonaban ahora el *Adeste Fideles*. Mañana iban a despertarse con una enorme resaca.

—Adam, creo que a tu compañera le ha dado un ataque.

Una desconocida voz masculina penetró a duras penas el brote de risa psicótica que había crecido en su interior y que la mantenía ahora arrodillada y abrazada a su maleta sin poder dejar de reír y llorar al mismo tiempo.

—Esto no está pasando, esto no está pasando, esto no está pasando —musitaba sin parar, intentando convencerse a sí misma de ello.

—Créeme, no sería la única. —La voz masculina sonó ahora totalmente clara, emitida por una garganta humana. De hecho, fueron sus manos —y no sus patas— las que se cerraron sobre sus hombros y sus labios los que le acariciaron el oído—. Acaban de desearnos feliz navidad y llamarnos perros.

—Lo sois, unos malditos chuchos —se las ingenió para articular entre risas. Le dolía el estómago de reírse y sentía el rostro mojado por las lágrimas—. Por qué tienes que aparecer justo ahora, ¿por qué? Yo estaba bien sin ti, lo estaba haciendo jodidamente bien.

—No, no lo estabas haciendo nada bien —le reprochó él, tirando de ella, intentando separarla de la maleta—. Te estabas limitando a sobrevivir. Eso no es estar haciéndolo bien, Bryony.

Sacudió la cabeza, se aferró con más fuerza a la maleta como si esa fuese su mejor ancla.

—Márchate y déjame en paz.

Chasqueó la lengua, un gesto que sabía tenía mucho que ver con su pérdida de paciencia.

—No iremos mañana a primera hora —anunció, dejándole claro que su decisión era inamovible—. Ahora, suelta la maleta y deja de llorar.

—¡No estoy llorando! —exclamó y se aferró incluso más al equipaje. Sorbió por la nariz y recostó la mejilla contra el duro plástico—. No estoy llorando... me estoy muriendo de la risa, que no es lo mismo. Dios... esto es de locos. Quiero irme a casa. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Quiero que *nana* esté allí, quiero...

Las lágrimas que decía que no estaba derramando volvieron en tropel a sus ojos.

—Pero ella no va a estar allí, ¿verdad? —continuó rumiando—. Ella ya no va a volver a nuestro apartamento... se ha ido y me ha dejado...

—Bryony... —su voz era suave y profunda, paciente.

—La extraño —musitó—. La extraño muchísimo y solo hace una semana que ella... que ya... y no voy a volver a verla. Estaré... estaré sola otra vez...

Unas fuertes manos la obligaron a soltar la maleta, en un instante su ancla se perdió para siempre y al siguiente, tenía otra mucho más cálida y firme, con un delicioso aroma a campo y hombre.

—Se ha ido, Adam —musitó, ocultando el rostro contra su pecho, aspirando el aroma de su colonia en el jersey de cachemira que llevaba puesto y sintiendo como todo su mundo se desmoronaba poco a poco a su alrededor—. Ella se ha ido.

—Lo sé, Bry —sintió sus brazos rodeándola, apretándola contra él—. Todos vamos a extrañar a esa vieja loba. Pero no vas a estar sola, compañera, me tienes a mí, tienes un clan entero deseando tenerte en casa.

Sus palabras la hicieron temblar. Su cercanía, todo en él resultaba tan familiar y al mismo tiempo tan extraño, su presencia hacía tambalear cada una de sus decisiones, cada uno de sus deseos pues había otros mucho más fuertes que querían ser antepuestos. Su corazón quería regresar con el hombre que se había adueñado de él en el transcurso de una navidad, pero su mente, esa quería que huyese, que se evitase mayores complicaciones.

—Deja que me vaya, Adam —musitó entonces, apretando las manos en la tela de su jersey—. Deja que recoja mi maleta y me vaya.

Perdió el calor de su cuerpo solo para encontrarse con el de sus ojos.

—Cometí ese error una vez, Bryony —le dijo con firmeza—, pero no ocurrirá de nuevo. Eres mía, compañera, tu lugar está a mi lado, en Toronto, en casa.

Ella sacudió la cabeza.

—Ese es tu hogar, no el mío.

La enorme palma masculina le cubrió la mejilla.

—No Bry, es también el tuyo —declaró—, pero te niegas a verlo como tal.

Se lamió los labios y tembló, pero no sabía si por el frío o por su proximidad.

—No puedo escapar, ¿verdad? —se las ingenió para preguntar algo que sabía en lo más profundo de si misma—. De esto... de todo... jamás he podido escapar, ¿no?

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Tendrás que preguntarte a ti misma si tan siquiera has querido hacerlo —le dijo—, pues eres la única que puede dar respuesta a esa pregunta.

Una respuesta para la que todavía no estaba preparada.

—¿Puedo quedarme con mi maleta?

Adam asintió en silencio y permitió que abandonase sus brazos, recuperando su propio espacio.

—Mañana volaremos a Toronto —le informó sin dejar de mirarla—, por esta noche, nos quedaremos en mi hotel.

Asintió, ya no tenía fuerzas para seguir luchando, por esta noche, al menos, él ganaba la batalla. Miró a su alrededor y vio entonces al dueño de esa otra voz, un joven bastante atractivo y con una amable sonrisa en el rostro.

—¿Y tú eres...?

—Ruan es el beta del clan que rige el territorio de la región Noroeste de los Estados Unidos —se adelantó Adam—. Es nuestro... enlace político en la zona.

Entrecerró los ojos y lo observó atentamente.

—¿No nos hemos visto antes?

El joven se sonrojó, dando así respuesta a la pregunta formulada. No necesitó mirar a su compañero para saber que él tenía algo que ver con ello.

—Me has vigilado —declaró, sin mirarle—. Dime, ¿alguna vez estuve realmente fuera de tu alcance?

—Eres mi compañera, tengo un deber para contigo...

Levantó la mano, interrumpiéndole.

—No quiero saberlo, ahora no —murmuró. Respiró profundamente y recogió su maleta—. Y bien, ¿dónde vamos a quedarnos?

CAPÍTULO 8

—¿NO puedes alojarte en un hotel de segunda como el más común de los mortales?

Adam ignoró su comentario y la hizo traspasar las puertas del famoso y exclusivo *Four Season Hotel* de Boston, un hotel de cinco estrellas que le hacía rechinar los dientes.

—¿Por qué hacerlo cuando puedo permitirme alojarme aquí? —respondió, mirándola con interés—. El trato es agradable, el lugar impecable y tiene unas habitaciones amplias con unas vistas estupendas.

—Eres un sibarita.

Sacudió la cabeza y sonrió de medio lado.

—Ni mucho menos, Bryony —contestó—. Sencillamente disfruto del fruto de mi trabajo.

No dijo una sola palabra, cualquier comentario inteligente se volatilizó en el mismo instante en que se vio reflejada en el lustroso suelo de baldosas negras atravesadas con franjas amarillas y blancas que lo convertían en un desigual tablero de ajedrez.

—Adam, ¿te has dado cuenta que nos reflejamos en el maldito suelo? —murmuró, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro.

Él sonrió y se inclinó sobre ella para susurrarle al oído.

—Si te gustan los suelos, te encantará el techo.

Fue involuntario, alzó la mirada y frunció el ceño al ver la enorme lámpara de araña dorada en medio de un techo abovedado decorado en tonos blancos y arena.

Sacudió la cabeza y miró con ojo crítico a su alrededor, la recepción del hotel hablaba de lujo y mucho, pero que mucho dinero. Sillones tapizados, mesas auxiliares de delicada madera con lámparas a juego, vitrinas... se sentía totalmente fuera de lugar.

—¿Por qué estoy aquí? —clavó los pies en el suelo, sintiendo como empezaba a temblar desde los pies a la cabeza. No era una pregunta dirigida a él si no a ella misma. Volvió a preguntarse, y no por primera vez en todo el trayecto, porque estaba allí.

Sus defensas se habían ido al traste, de eso era más que consciente. La ausencia de Sharon, el verse de nuevo sola, la aparición de Adam, todo había sumado para convertir su vida en una enorme bomba nuclear que no estaba segura por dónde estallaría.

—¿Bryony?

Giró la cabeza ante el tono de su voz, esos intensos ojos azules la miraban con estudiada curiosidad. Lo recorrió por entero, reconoció en él al hombre con el que

compartió algo más de un mes de su vida, aquel que se había convertido de la noche a la mañana en un símbolo de su cautiverio, motivo por el cual decidió volar. Él sí encajaba en aquel ambiente, su postura, su forma de hablar, su ropa, no solo era un lobo acostumbrado al poder, era el poder en sí mismo.

Se lamió los labios y dio un paso atrás, las dudas volvieron a asaltarla, dudas que la habían perseguido durante cada uno de los meses pasados. Ella era humana, era una simple chica que tuvo la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. No podía atar su vida de esa manera a alguien como él, no podía dejar que él cambiase solo por ella.

—Quiero irme a casa.

Asintió.

—Lo haremos, mañana a primera hora cogeremos un avión para Toronto.

Sacudió la cabeza con energía y dio un nuevo paso atrás.

—No, Adam, quiero volver a *mí* casa —declaró, haciendo hincapié en el posesivo—. Yo... déjame aquí... hasta que se cumpla el año.

La respuesta fue categórica.

—No.

El tono de mando en su voz la hizo estremecer, pero no agachó las orejas ni escondió la cola. No iba a someterla por muy alfa que fuese. Ella no era una loba.

—Sí —declaró, dando ahora un paso adelante—. Voy a quedarme aquí, en Boston, pasaré el jodido tiempo que me queda de libertad como a mí me plazca y...

—No vas a quedarte en la ciudad y mucho menos ahora que Sharon no está para cuidarte —declaró al tiempo que se cruzaba de brazos.

Apretó los dientes.

—No necesito que nadie me cuide —siseó—. Estaré perfectamente bien mientras tú y tus... tentáculos peludos... os mantengáis lejos de mí.

Sus ojos se entrecerraron y adquirieron ese brillo animal, propio de su naturaleza.

—Eres mi compañera...

—¡No soy tu propiedad!

Ya está.

Lo había dicho.

Desde que se habían conocido todas y cada una de las personas que estaban a su alrededor le recordaban que ella pertenecía a Adam, que su lado estaba junto a él, que era su compañera, su loba... Él. Siempre él. Nadie se molestó en preguntar qué pensaba ella al respecto, qué quería ella, todos la veían como una propiedad, la del lobo alfa canadiense.

—No... soy... tu maldita... propiedad —insistió, haciendo un alto después de cada palabra—. No soy un objeto... no puedes ponerme una etiqueta y decidir dónde ponerme, dónde soy mejor para tu conveniencia.

No apartó la mirada de la suya. Alto, silencioso, con un brillo peligroso en esas inmensidades azules... si le alzaba la voz se acobardaría, acabaría sucumbiendo,

claudicando y no podía permitirse ese sometimiento. Él no le haría daño, lo sabía con tanta seguridad como sabía que ella moriría antes de hacérselo a él. Estúpidamente estaba enamorada de un lobo al que no podía querer, uno que podía arrancarle todo con un par de palabras; las únicas que jamás le había dicho.

—Durante todo este tiempo solo he escuchado: Eres su compañera. Tu lugar está a su lado. Es tu obligación. Le perteneces... —resopló, entonces hizo un mohín—. Nadie me preguntó si esto era lo que yo quería. Tú no preguntaste, solo... solo cogiste lo que querías y al diablo con todo lo demás.

—¿Y qué es lo que quieres?

A ti.

—Irme.

Él negó con la cabeza.

—Inténtalo otra vez, pequeña y esta vez, no me mientas.

Ese maldito lobo y su detector de mentiras.

—Quiero quedarme aquí, en esta ciudad, quiero... quiero poder elegir por mí misma —declaró entonces—. Me diste un año... el plazo todavía no ha terminado.

—El plazo se extinguió en el mismo momento en que huiste de mí —le aseguró—. Me gusta la caza como al que más, pero no estoy dispuesto a recorrer todo el jodido estado para encontrarte, Bryony.

—¿No soy lo suficiente importante para ello?

Acortó la distancia entre ambos y la miró.

—Eres la cosa más importante en mi vida, *lobita* —aseguró, acariciándole el rostro.

Se separó de él.

—No soy una loba.

Sus labios se separaron en una amplia sonrisa.

—Si no lo fueses, no me estarías desafiando, princesa —aseguró, acariciándole el labio inferior—, pero ya que tienes dudas, permite que las disipe para ti.

Sin una palabra más, le poseyó la boca, comiéndosela allí mismo solo para arrastrarla con él hacia el ascensor situado a un lado de la recepción.

—Y si mañana sigues pensando lo mismo, de acuerdo —concluyó él—, dejaré que huyas... pero ten presente, que nunca voy a dejar de cazarte.

CAPÍTULO 9

BRYONY gimió al ver que las puertas del ascensor se abrían y Adam la empujaba hacia el interior. Sus ojos azules brillaban con inusitada intensidad, reflejando un hambre que empezaba a crecer con la misma intensidad en su interior.

—Estás loco, no puedes pretender... —jadeó al sentir sus manos sobre ella, su boca acallándola una vez más. Él sabía a libertad y a bosque, todo su cuerpo cobraba vida bajo sus atenciones, como si despertase de un largo letargo—. Adam... —se las ingenió para evitar sus labios al tiempo que escuchaba un fugaz *Lo sé*, gruñó en voz baja, profunda y la atrajo de nuevo hacia él, hundiéndola en una esquina y ocultándola con su envergadura—, y me importa más bien poco.

—Pero... —gimió cuando sintió un mordisquito en el cuello—. No... para... diablos, este es un hotel de cinco estrellas. ¡No puedes hacer esto!

Gruñó una vez más, el sonido ahora más animal que humano.

—Haberlo pensado antes de desafiarme, compañera —siseó, al tiempo que la recorría con la mirada—. No es inteligente llevarle la contraria a un lobo, especialmente si dicho lobo tiene razón.

Las puertas se cerraron dejándolos solos en el interior del reducido cubículo, el espejo que cubría tres de las paredes les devolvía el reflejo de dos amantes perdidos en el fragor de la pasión. Notó sus manos de nuevo sobre ella —si es que alguna vez las había obviado— despojándola del abrigo, que quedó reducido a un montón de tela en el suelo. La empujó una vez más contra la esquina más alejada de las puertas y reclamó su boca con ardor, enlazando su lengua e invitándola a unirse al combate.

—Has perdido la cabeza por completo —se las ingenió para musitar entre resuellos—. No tienes derecho a...

—Tengo todo el derecho del mundo y más aún —le dijo al oído, lamiéndole la oreja—. Oprime el botón de la séptima planta o de lo contrario seguiremos aquí hasta que alguien más decida hacernos compañía.

Le faltó tiempo para tantear el panel y apretar varios botones al azar antes de dar con el apropiado.

—Eso sin duda nos dará unos cuantos minutos interesantes —se rio en su oído.

—Bastardo.

—En realidad no, mis padres estaban felizmente casados cuando me tuvieron —aseguró, mordisqueándole el cuello mientras sus manos se perdían ahora por torso.

Le acarició los pechos por encima de la blusa, rozándole los pezones con los pulgares aumentando la dureza de la tibia y sensible carne.

—No sigas... maldita sea... —gimoteó, luchando por mantener sus manos a ambos lados, aunque se moría por tocarle. Cada vez que estaba cerca su cerebro dejaba de funcionar y todos sus instintos entraban en acción como si fuesen activados

por los suyos.

—No quieres que me detenga —le aseguró, mordiéndole con suavidad el lóbulo de la oreja al tiempo que le amasaba los pechos por encima de la tela—, por el contrario, quieres que siga... quieres más... deseas más... y más es lo que voy a darte.

—¡Te odio! —siseó, empujándole sin mayor éxito que el de conseguir su atención. Era como una enorme montaña intentando ser movida por el viento.

Sus labios se curvaron muy lentamente hasta convertirse en una pícara sonrisa.

—No, Bry, por el contrario —se inclinó de nuevo sobre ella, acariciándole los labios con su aliento—, me quieres. Y eso te pone de un humor de perros. O de lobos, si lo entiendes mejor.

—¡No soy una maldita loba! —siseó, negándose a responder a sus palabras.

—Eres mi maldita loba, pequeña humana —aseguró, muy pagado de si mismo—. Puedes negarte a reconocerlo las veces que quieras, pero eso no cambia lo obvio. Estás emparejada conmigo y respondes a mis apetitos como yo respondo a los tuyos. Eres mi compañera, la mujer a la que he maldecido cada jodido día de estos últimos once meses por permitirle salirse con la suya. Eres mi loba, Bry, eres... mi... *lobita*.

Su boca cayó de nuevo sobre la de ella, robándole el aliento mientras sus manos traspasaban la tela y se encontraban con su piel haciendo que cada pensamiento coherente fuese historia.

Gimió. Estaba excitada, todo su ser respondía a él como lo haría una orquesta ante un buen director y tocaba lo que él deseaba escuchar. Estaba perdiendo la batalla, ambos lo sabían y eso la dejaba en clara desventaja.

—Deja de luchar. —Su voz, profunda y masculina entró en su mente como un tornado, arrasando con todo—, dame lo que deseo y toma de mí lo que te pertenece.

Sus dedos encontraron la línea de botones de la camisa antes incluso de que pudiese pensar qué estaba haciendo. Los ojales cedieron con facilidad dejando paso a una bronceada piel espolvoreada de vello negro. Se lamió los labios y respiró su aroma, embriagándose incluso más, emborrachando sus sentidos. La tela resbaló por los anchos hombros y descubrió los abultados músculos que ya se movían para deshacerse de aquel estorbo.

—Ríndete, Bry —sintió de nuevo el calor de su aliento en su oído, al tiempo que sus manos la despojaban de la chaqueta de punto que llevaba por encima de la camiseta y se deshacía también de ella—, ríndete a quien eres de verdad, a la mujer que sé que hay debajo de toda esta tela. Devuélveme lo que me robaste al marcharte, devuélvemelo.

Un agudo gemido escapó de entre sus labios abiertos cuando le arrancó también la camiseta y la dejó tan solo con el sencillo sujetador. Sus ojos se encontraron y pudo ver en esa mirada azul el hambre que ya roía también sus entrañas. La recorrió centímetro a centímetro, como si ya pudiese saborear su piel y entonces la atrajo hacia él, deslizando las manos sobre la lana que acunaba sus caderas, alzando la falta

y apretándola una vez más contra la pared mientras se abría paso entre sus piernas.

—Sabes que este es tu lugar —insistió él, con voz firme y persuasiva—, aquí, entre mis brazos —la alzó a pulso, obligándola a enlazarle la cintura para sostenerse—, conmigo entre tus piernas. Justo así.

Ella no dijo una sola palabra, no podía, mucho menos cuando el ascensor decidió detenerse entonces y abrir las puertas obedeciendo a sus torpes intentos de dar con el piso correcto.

—Mierda —siseó ella, echando un vistazo por encima del hombro masculino—. ¿Cuántos botones pulsé?

Él se rio, atrayendo de nuevo su atención.

—No tengo la menor idea, pero lo descubriremos —aseguró, mordiéndole el labio inferior antes de reclamar de nuevo su boca. Las puertas volvieron a cerrarse después de un momento dejándolos encerrados una vez más.

Adam enterró el rostro en la uve de sus pechos, aspirando profundamente su aroma, lamiéndola como si fuese un helado, su lengua atrapó uno de los endurecidos pezones por encima del sencillo algodón, succionándolo en el interior de su boca, mojando la tela mientras se daba un festín con su pecho. Los suaves jadeos no hacían sino aumentar su excitación, la erección que a duras penas contenía su pantalón y que ahora se rozaba contra la piel desnuda de esa tripita solo ponía de manifiesto sus propios deseos; quería enterrarse en ella.

Tal y como la tenía ahora, apretada entre el frío cristal del espejo y su cuerpo, con los suaves muslos rodeándole la cintura, se dio el lujo de deslizar las manos hacia arriba, resbalando por el interior de la falda y arrastrando la tela hasta que quedó arremolinada alrededor de sus caderas. La piel de ese dulce trasero se reveló bajo sus dedos, una suave exploración que lo hizo gemir al notar las prietas nalgas contra sus palmas y tan solo el cordón del tanga en la parte superior como única prueba de ropa interior.

Abandonó uno de los duros y henchidos pezones para hacerse cargo del otro y prodigarle la misma atención mientras continuaba con aquella deliciosa exploración. Sus dedos amasaron las prietas carnes, hundiéndose lo suficiente entre ellas para notar la empapada tela que cubría el hinchado sexo del cual rezumaban ya los cálidos jugos. Ella podía negarse una y mil veces a él, mentirse a sí misma, pero su cuerpo era sincero y le decía sin palabras que ella le pertenecía.

—Para odiarme como dices, estás muy mojada, Bry.

Ella apretó los muslos en torno a sus caderas, sus dedos se habían perdido por su espalda, creando seductoras caricias que contribuían a aumentar su propia excitación.

—Eso no significa n...

—No me mientas, Bryony —la interrumpió con firmeza—. Ni tampoco busques excusas.

Deslizó el dedo corazón a lo largo de la suave y depilada entrepierna, acariciando la tela que ocultaba el centro de su calor.

—Tu cuerpo habla por sí solo y no tiene ningún inconveniente a expresarse con total honradez.

Ella sacudió la cabeza, sus caricias la estaban volviendo loca. Su mano se había desplazado hasta cubrirla casi por completo y uno de sus dedos la acariciaba de atrás hacia delante friccionando la tela con su sobre excitado sexo. Todo lo que podía hacer era permitírsele y gemir en respuesta.

—Estás empapada, hueles a deseo, a necesidad —continuó atormentándola—, me empapas los dedos.

Se inclinó hacia delante, rodeándole el cuello con los brazos y así ocultar el rostro en su hombro. No quería ni mirarle a la cara, ni que él tampoco viese lo acertadas que eran sus palabras.

—¿Sabes lo que me haces, lobita? ¿Tienes la menor idea de lo que tu presencia, tu olor y esa voluble pasión que habita en tu interior hacen conmigo? —continuó, deslizándose ahora la tira del tanga a un lado para tener completo acceso a ella—. Me enciendes, alimentas mi deseo y me arrancas la cordura, haces que quiera aullar de placer y arrastrarte conmigo en el proceso.

Gimió al sentir como la penetraba con el dedo, una presión constante y con movimientos uniformes que la condujo al borde de la locura. Le costaba respirar, sentía que el aire no era suficiente y que necesitaba más. Sus caderas se movieron por propia voluntad, buscando aumentar el placer, encontrar ese punto que él parecía dispuesto a negarle por el momento. Quería que la penetrase con mayor profundidad, quería... quería...

¡Maldita fuera la estampa de ese jodido lobo! ¡Lo quería a él! Quería su pene hundiéndose entre sus piernas, montándola como lo había hecho en la trastienda, como la había poseído esa primera vez y que dejó sentenciado su futuro.

Sacudió la cabeza, no podía permitirse decirlo en voz alta, no obtendría tal satisfacción, no le daría lo que quería, no se entregaría a él de esa manera. No le concedería tal poder sobre si misma.

—No... soy... tu... jodida... ¡loba!

Lo escuchó chasquear la lengua, su dedo se detuvo en su interior y eso estuvo a punto de empujarla al borde de la locura. Se retiró de ella con lentitud, tuvo que apretar los dientes para evitar gritar de frustración, especialmente cuando la soltó, dejando que sus piernas se deslizaran de nuevo hacia el suelo.

—Desabróchame el pantalón.

La orden fue tan caliente y oscura, que casi se corre con solo escucharle. Sin embargo, su petición poseía tal grado de orden que despertó a la luchadora que habitaba en lo más profundo de su interior, una que no se doblegaba ante nadie.

—Vete al demonio —bufó, como una gata dispuesta a sacar las uñas.

Sus labios volvieron a curvarse una vez más, pero eran sus ojos los que

anunciaban cierta clase de peligro, uno que la encendió incluso más.

—Tus manos... el cinturón... la cremallera... —enumeró cada una de las tareas —, y por fin tus dedos sobre mí. Eso es lo que quiero, Bryony y es lo que vas a darme.

Alzó la barbilla y entrecerró los ojos.

—¿Qué te hace estar tan seguro de ello?

Se lamió los labios, un gesto de lo más sensual que la mantuvo prisionera de ellos durante unos instantes.

—Que es algo que tú también deseas, mi pequeña loba.

Le sostuvo la mirada, curvó los dedos al sentir como empezaban a hormiguarle ante la necesidad de cumplir con su orden. Había algo en sus palabras que la animaban a obedecer, no era una compulsión, sino más bien el deseo propio de poner sus dedos alrededor de esa prometedora erección que a duras penas contenía el pantalón.

Medio desnuda, encerrada con él en el ascensor de uno de los hoteles más caros de Boston, caliente como un horno y muy mosqueada. Eso sin duda resumía su estado actual, al cual añadiría además una enorme carga de frustración. Estaba excitada y eso la cabreaba incluso más.

—Vamos, Bry, deja de rezongar —la provocó—, sé que lo deseas tanto como yo. Quieres ser follada, me quieres entre tus piernas, tan profundo que no sepas dónde empiezas tú y termino yo.

No. No. No y no. Su mente no dejaba de gritar, de levantar pancartas e intentar llamar su atención, pero esa otra parte de ella, una que habitaba muy profundo en su interior, estaba más que deseosa de ponerle las manos encima, despojarle del maldito pantalón y rodear el duro pene con los dedos.

Muy lentamente, sin apartar la mirada de la suya, deslizó la mano entre sus cuerpos, le desabrochó el cinturón, se libró del botón y la cremallera que le estorbaban y tiró del elástico de la ropa interior para dejar libre la dura y palpitante erección que no dudó en acariciar. Su pene era suave y al mismo tiempo duro contra la palma de su mano, las delicadas venas lo salpicaban confiriéndole un aspecto amenazador, pero era sin duda la húmeda y rojiza cabeza la que la hizo relamerse.

—Y esa es la mirada de una loba hambrienta, cariño —susurró él, rompiendo el momentáneo hechizo que tenía sobre ella.

No le permitió responder, en un abrir y cerrar de ojos la había empujado de nuevo contra la pared, cubriendo su espalda con su enorme cuerpo, sujetándola para conducirse a su entrada y penetrarla profundamente desde atrás.

—¡Adam! —jadeó su nombre, luchando por respirar mientras su sexo se aclimatava a la inesperada y rápida intrusión.

Él se inclinó sobre ella, la sujetó de las caderas y encontró su mirada a través del espejo.

—Te prometo una cosa, compañera —gruñó en su oído, al tiempo que se retiraba

hasta salirse casi por completo, solo para volver a empujar con fuerza—, cuando termine contigo, no volverás a tener dudas de a quién perteneces por completo.

Volvió a retirarse y a embestirla una vez más, el sonido de la carne golpeando a la carne se convirtió en la banda sonora de en ese reducido habitáculo. Pero sin duda, lo más extraño y excitante era tener su mirada clavada en la de ella a través del espejo, recibiendo uno del otro cada una de las emociones a las que se enfrentaban.

Se le olvidó hasta de respirar, su mente estaba sobrecargada y su cuerpo era un abierto receptor a toda clase de sensaciones. Su manera de poseerla no tenía nada que ver con la de un hombre tierno, era la de un lobo, la de una bestia dispuesta a reclamar para sí el objeto de su deseo y marcarla de forma ineludible, pero aquello no la asustaba, por el contrario, estaba exultante, muy dentro suyo eso era lo que deseaba, lo que había añorado todos esos meses.

—Eres mía, Bryony —leyó más que escuchó las palabras en sus labios—, mía. La única. Mi compañera. Mi pareja. Toda mi vida. Eres mía.

Y esa fue una letanía que no dejó de repetirse en su mente, subiendo con la misma intensidad que lo hacía su orgasmo, construyéndose con fuerza a su alrededor, adentro de ella, dónde nadie más estaría jamás, hasta que por fin explotó.

—¡Adam! —gritó su nombre, como había hecho tantas otras veces en la soledad de su cama cuando toda su compañía se reducía a un juguete a pilas.

Él no se detuvo, siguió penetrándola, cada vez más fuerte y más rápido, hundiéndose profundamente en su interior hasta que los rescoldos de un orgasmo se convirtieron en el detonante de otro, y con esa segunda explosión llegó también la de su lobo.

Jadeante, agotada, con el latido del corazón retumbándole en los oídos, se dejó caer contra el sudado espejo. Lo sintió salir de ella, una sensación de abandono que la sacudió hasta el tuétano.

Cerró los ojos y se aisló de todo, solo el sonido del timbre que anunciaba una nueva planta y el peso de su abrigo sobre los hombros la espabiló.

—Nuestra planta —anunció él.

Con el pelo despeinado, su camisa y la ropa de ella bajo el brazo, Adam parecía resplandecer. Ese hombre era incluso más atractivo después de un buen polvo. Le tendió la mano, un acto que la sorprendió casi tanto como el hecho de que adelantase la cadera para evitar que las puertas se cerrasen de nuevo.

—Todavía no he terminado contigo, Bryony —declaró, sin dejar de mirarla—. Ya te lo dije, compañera. Estoy más que decidido a hacer que recapacites y que admitas que tu lugar está conmigo, allí donde quiera que nos encontremos.

Se lamió los labios y se arrebujó dentro de su abrigo.

—¿Y si no lo consigues?

Él la recorrió con la mirada, desde la cabeza a los pies y viceversa, entonces volvió a sus ojos.

—Si mañana sigues pensando de esa manera, eres libre de irte —aceptó, elevando

la barbilla de esa forma tan pagada de sí misma—. Dejaré que huyas... una vez más.

Dio un paso hacia ella y le cogió la mano, obligándola a abandonar por fin el ascensor y terminar en sus brazos.

—Pero cuando esta vez te dé caza —concluyó, acariciándole el labio inferior—, ya no podrás escapar.

Tragó. Sabía que él hablaba muy en serio.

—Me prometiste un año.

Sacudió la cabeza, era obvio que estaba cansado de escuchar aquella respuesta de su parte.

—Tu año termina el día de Navidad —le recordó, al tiempo que deslizaba los nudillos por su mejilla—. Sí, me gusta la idea.

Ella entrecerró los ojos, esa satisfacción no prometía nada bueno.

—A mí ni un poquito —musitó—, aún sin saber que estás pensando.

La atrajo hacia él.

—Tú vas a ser todo lo que pida al gordo de rojo —le dijo, con gesto divertido—. Pero hasta ese momento, creo que me conformaré con lo que pueda obtener por mí mismo, hoy.

—No voy a quedarme, Adam —declaró, necesitando ser la que dijese la última palabra.

Condenado lobo, tendría que saber que no le daría tal satisfacción.

—No espero que lo hagas, Bryony —aseguró, lamiéndose los labios—, de hecho, espero que me regales... una divertida cacería.

CAPÍTULO 10

UN mes después...

Las calles empezaban a despertar en esa fría mañana de diciembre, el sol se afanaba por surgir entre las nubes y calentar el nevado paisaje que ofrecía la Avenida Augusta. Dos niños pasaron corriendo a su lado, riendo y disfrutando de las vacaciones invernales, para desaparecer tras unos coches aparcados a un lado de la estrecha calle. A ellos no les molestaba el frío.

Unos pocos pasos más adelante, resaltando entre dos edificios, con un llamativo tono mostaza, el logo verde y las letras blancas delataban el supermercado que buscaba esa mañana. El escaparate estaba lleno, al igual que los de otros comercios y locales, con ofertas y decoración navideña.

Adam se rebujó en su abrigo e hizo una mueca al ver como el aliento que escapaba de entre sus labios formaba una nube blanquecina, si bien era un lobo acostumbrado al clima invernal de Canadá, le gustaba el calor.

—Y de todos los lugares posibles, tenías que acabarás aquí —musitó, echando un vistazo a su alrededor, contemplando la humilde vecindad, a más de media hora del lujoso barrio de Lawrence Park.

Su pequeña compañera había hecho honor a sus intenciones abandonándole veintinueve días atrás, incluso antes de que saliese el sol. Fue perfectamente consciente del momento en que su suave y cálido cuerpo abandonó la cercanía del suyo y dejó la cama para escabullirse en la oscuridad.

Bryony había volado. Estaba decidida a obligarle a cumplir con su previo pacto y agotar hasta el último minuto que le concedió en su momento.

Pero así como ella estaba dispuesta a continuar huyendo, él también lo estaba a darle caza. De hecho, había estado haciendo eso desde el mismo momento en que abandonó sus brazos un mes atrás, siguiéndola siempre de cerca, aprendiendo unos hábitos, disfrutando de la visión de esa díscola mujer que le había tocado como compañera y deseándola cada día más.

Después de visitar un par de ciudades más cálidas, lo había sorprendido recalando en Toronto una semana atrás; de entre todos los lugares posibles, aquel era sin duda el menos esperado, ¿sería posible que ella quisiese regresar también a casa?

Echó un nuevo vistazo al supermercado y sonrió para sí. Había llegado temprano. Bryony pasaba por allí cada mañana para comprar un café y unas galletas, los cuales degustaba mientras paseaba por la calle de camino a un parque cercano. Solía sentarse en un banco y contemplar absorta las plantas, cuando no sacaba un cuaderno y se ponía hacer garabatos.

Nunca había sido consciente de que a su compañera le gustase el dibujo, más aún, que se le diese bien.

Esa última semana le había aprendido más de ella que en todo el tiempo que la conocía, los reportes que le habían llegado en el último año, las conversaciones con Sharon, no eran ni la mitad de reveladores que lo visto con sus propios ojos.

Sharon. Pensó en la loba. En la despedida que llevó a cabo el clan y lo solo que se sintió ante la ausencia de Bryony. En silencio había rogado al espíritu de la vieja loba que siguiese protegiéndola allí desde dónde se encontrara. Los miembros más cercanos de su manada no habían pronunciado palabra alguna sobre su ausencia, pero en sus rostros se reflejaba claramente la pena o el disgusto por su falta.

Como alfa y cabeza del clan, se esperaba que fuese el pilar más fuerte, cada una de las acciones de las personas que lo rodeaban debían demostrar su fuerza, su sabiduría y su capacidad de liderazgo y el que su propia compañera se hubiese dado a la fuga, hacía tambalear todo eso.

«¿Por qué no la has traído contigo? Su lugar está a tu lado, Adam».

Eve lo había sermoneado hasta quedarse afónica, su propia culpabilidad demasiado presente en sus palabras como para pasarla por alto. Su hermanita seguía culpándose a sí misma por cómo habían salido las cosas, echaba de menos a Bryony, aunque no se atreviese a decirlo y se sentía responsable de que su invitación hubiese derivado en ese incansable juego del gato y el ratón.

Pero mañana se cumpliría el plazo que le había dado, el año que le pidió llegaría a su fin y él tendría a su mujer de vuelta en casa; así tuviese que atarla y amordazarla para llevársela.

Sí, sin duda ese sería un bonito regalo de navidad.

Contempló la calle con aburrimiento, intentó no pensar en el frío y se distrajo repasando cada uno de los locales de aquella zona. El pequeño restaurante de tapas en que se detuvo un par de días atrás había sido todo un descubrimiento. Comida casera, ambiente hogareño y un vino cosechero delicioso.

Muchos lo consideraban un sibarita por vivir dónde vivía, por trabajar dónde trabajaba, pero eran muy pocos los que lo conocían realmente, los que sabían que tras el hombre de negocios y el jefe de clan de la región, se encontraba un lobo casero. Le gustaba estar en su hogar, disfrutar de su familia, de las pequeñas cosas y en eso, Bryony era como él.

Después de todo, su emparejamiento podía no haber sido tan desastroso.

—Solo un poco más —se recordó a sí mismo—, solo un poco más y estarás de nuevo a mi alcance, Bry.

Bryony no podía quitarse de encima aquella sensación de fatalidad. No sabía si se debía a la maldita noche de insomnio que había pasado, a que mañana se terminaba su indulto o a lo cerca que se encontraba de él. ¿En qué universo paralelo pensó que

volver a Toronto sería el lugar perfecto para esconderse de Adam? Había llevado al extremo el dicho “*no hay mejor escondite que el que está bajo las narices de aquel que te busca*”. Ni siquiera estaba segura de si se trataba de un dicho, pero sin duda ocurría a menudo en las películas.

«*Te encontraré, lobita y reclamaré mi regalo de navidad*».

No. Definitivamente su nerviosismo tenía mucho que ver con el inesperado mensaje de voz que encontró esa misma mañana en su teléfono.

Era su voz. Profunda y risueña. Y encerraba una promesa que la había puesto caliente y temblorosa al mismo tiempo.

¿Qué había hecho ese lobo con su cabeza? ¿Con su vida entera?

Le abandonó incluso antes de que hubiese salido el sol, después de pasar la noche juntos en la lujosa habitación de hotel. La habitación, la bañera, la terraza y un sinfín de lugares que era incapaz de eliminar de su cabeza.

¿*Y a que lo pasaste de película?* La aguijoneó su mente.

Apretó los ojos y soltó un resoplido. Necesitaba borrarlo de su mente, pero era incapaz de hacerlo. Cada vez que intentaba distraerse y no pensar en él, el recuerdo de esa noche la inundaba hasta hacerla estremecer. No podía quitárselo de encima, su presencia, incluso sin estar a su lado, se hacía insoportablemente palpable, ese último encuentro la marcó de tal manera que apenas si era capaz de vivir.

«*Te cazaré*».

Se lo había advertido, durante esa última noche de pasión se encargó de dejarle perfectamente claro que si bien haría honor a su palabra, una vez se agotase el plazo, le daría caza.

Y lo haría, ambos lo sabían.

Dejó escapar un pesado suspiro y giró en la esquina, dispuesta a entrar en el supermercado y comprar su adorado café.

—Necesito una dosis de cafeína—murmuró al mismo tiempo que abría el bolso y empezaba a hurgar en su interior en busca del monedero—. Soy insoportable sin mi dosis de cafeína matutina.

Y lo gracioso era que ella misma lo admitiese. Sharon no hacía más que recordárselo una y otra vez mientras vivían juntas. Había sido una adición que adquirió tras su llegada a Boston, una que había traído a la loba de cabeza.

«*Esta es una penitencia que debería padecer tu compañero, sería una venganza perfecta cada vez que te llevase la contraria*».

Sharon. El pensamiento de la vieja loba la llenó de tristeza. Sabía que Adam se había llevado sus cenizas para darle la despedida que se esperaba entre los miembros del clan, una despedida a la que no acudió por su necesidad de escapar de él y de todo aquello a lo que se resistía con uñas y dientes.

Conocerle, había cambiado su mundo por completo.

Encontró por fin el monedero perdido en el fondo de su bolso y lo sacó con una triunfal sonrisa. Algunas mujeres se conformaban con poquita cosa para ser feliz,

pensó con cierta ironía, refiriéndose a sí misma y a ese capricho matutino.

—Café, café, café —canturreó—. Y un paquete de esas deliciosas galletas de mantequilla. Solo uno.

—¿Será suficiente un único paquete, *compañera*?

Se detuvo en seco, el monedero acabó rápidamente estrujado entre sus dedos mientras giraba la cabeza hacia el sonido de la inesperada voz. Apoyado despreocupadamente contra el costado del portal del edificio, vestido con un atuendo más informal que el que había visto antiguamente en él, su compañero no pasaba desapercibido.

Adam Blake estaba allí, frente a ella, un día antes de que se cumpliera el plazo.

CAPÍTULO 11

BRYONY no dejaba de sisear toda clase de improperios mientras se sujetaba el tobillo con gesto de dolor. Los malditos tacones de sus botas decidieron contribuir a esa disparatada carrera hundiéndose en un agujero del pavimento y lanzarla al suelo. Dos solitas mujeres, que habían visto su accidente, se habían apresurado a auxiliarla, pero le dolía demasiado incluso para articular una palabra coherente.

¿Qué diablo se le había metido en el cuerpo para escapar de esa manera?

Tonta, tonta, tonta y mil veces tonta.

—¿Estás bien, querida? ¿Quieres que pidamos una ambulancia? Ay, Gertrudis, ¿has traído el teléfono ese pequeñito contigo?

Luchó con las lágrimas que le picaban ya tras los ojos y sacudió la cabeza.

—No... no se preocupen... estoy bien... —respondió entre dientes, aguantando el dolor que no dejaba de atravesarle el tobillo—. Ha sido una caída estúpida... creo... creo que solo es una torcedura.

—¡Bry!

Su voz llegó acompañada del sonido de apresurados pasos, se giró, al mismo tiempo que las dos atentas mujeres para ver a Adam, deteniéndose junto a ella tan fresco como una lechuga, mientras a ella la sofocante carrera casi le hace soltar los pulmones por la boca.

—Bryony, de todas las estupideces que llevas cometidas desde que te conozco, esta se lleva la palma —rumió él, agachándose a su lado. Sus ojos azules la examinaron de los pies a la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Qué te duele?

Apretó los labios, luchando con las lágrimas y sacudió la cabeza. No quería hablar, no quería decir una sola palabra, pues sabía que en el momento en que abriese la boca, saldría todo.

—Ay, parece que la niña se ha torcido el tobillo —comentó la tal Gertrudis—. Debería ir al médico a que le miren esa pierna.

—Es esta maldita calle, está llena de agujeros —chasqueó la otra mujer, señalando el lugar—. Si le pasa a una persona joven, que no podría pasarnos a nosotras. Mínimo, rompernos la cadera.

Adam se giró a la mujer y le dedicó una amable sonrisa.

—Tienes usted toda la razón —aseguró. Entonces se giró de nuevo hacia ella y la levantó en brazos sin esfuerzo—. Les agradezco mucho su ayuda, señoras, no quiero pensar que le habría pasado a mi mujer si no llega a tener quien la socorriera.

Gertrudis no tardó en hinchar el pecho y cloquear como una gallina, halagada por el tono masculino.

—No deberías bajar corriendo la calle —comentó entonces, dirigiéndose a ella—. Podrías haberte roto algo, cariñito.

Le temblaron los labios y antes de que pudiese contenerse, se encontró hipando. No quería llorar, no quería que él ni nadie la viesen llorar, pero el tobillo le dolía horrores y el estar en sus brazos, acunada y cuidada de esa manera, con ese conocido calor y aroma envolviéndola terminó con sus defensas.

—Ha sido una estupidez que no volverá a cometer, ¿no es así, amor? —murmuró, con voz suave, tierna y terminó por esconder el rostro contra su hombro.

—Será mejor que la lleve al médico —sugirió la otra mujer—. Que le miren ese pie.

Él asintió, lo supo por la manera en que se movieron sus músculos.

—Gracias, una vez más.

—Cuidaos hijos e id con cuidado.

Escuchó los pasos de las dos mujeres alejándose, el murmullo casi a voz en grito de sus impresiones ante lo sucedido y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos al tiempo que lo escuchaba a él suspirar.

—No vuelvas a hacer otra estupidez igual, Bryony —la amonestó, pero su trato era tierno, moviéndola con mucho cuidado—. Podrías haberte roto el cuello.

No respondió. Necesitaba de todas sus fuerzas para retener las lágrimas.

—¿Ahora vas a optar por el silencio, Bry? ¿No me has castigado ya lo suficiente?

Sus palabras la obligaron a abandonar su refugio y mirarle. Su visión se vio distorsionada por la humedad, aclarándose un poco solo cuando las lágrimas decidieron caer por si solas.

—¿Castigarte? —hipó—. ¿Quién está castigando a quién? Yo no pedí esto, no lo pedí... no lo pedí... y aquí estoy... metida hasta el cuello... y ya no sé qué hacer.

Él suspiró, sacudió la cabeza y clavó los ojos en los suyos.

—Ay, amor, qué voy a hacer contigo —murmuró, secándole las lágrimas con una mano libre—. Bry, ya. Deja de llorar.

Hipó y sacudió la cabeza antes de ocultarla una vez más contra su cuello. Quería llorar, quería desgañitarse y ponerle de rodillas, quería hacerle daño, quería decirle lo mucho que lo quería incluso sin comprender el motivo, quería decirle que para ella no era suficiente con ser una posesión, quería más... Quería...

—No —negó, sus palabras ahogadas en la tela de su abrigo—. Me duele y no pienso dejar de llorar por que tú me lo digas. No puedes darme órdenes. No soy una de tus propiedades. Soy de carne y hueso y tengo sentimientos, unos que tú no entiendes. Todos los hombres sois iguales, nunca entendéis nada.

—¿Cómo?

La sorpresa era tan palpable en su voz que se enfadó, haciendo que su silencioso llanto creciese en sonido.

—No has dejado de repetirme que te pertenezco, que soy tu compañera, que mi lugar está a tu lado —se quejó, entre lágrimas—, pero... eso no es suficiente, ¿no lo entiendes? Quiero más... quiero... quiero que me quieras.

—Bryony...

—No —se quejó de nuevo, revolviéndose en sus brazos, deteniéndose solo cuando el dolor le atravesó la pierna—. Ay, dios. Mierda... joder... duele...

La movió en sus brazos, estabilizándola, impidiéndole moverse y obligándola al mismo tiempo a enfrentarle, a mirarle a la cara.

—Bry, ¿qué te hace pensar que no te quiero?

El tono de ironía presente en su voz la molestó hasta el punto de llevarla a pegarle en el hombro con el puño.

—¡Porque nunca me lo has dicho! —se quejó—. Todo lo que he oído de ti o de cualquiera de esa maldita manada es la palabra “pertenecer”. ¡Y no soy un jodido objeto! Dios, te odio. Te odio, te odio, te odio, ¡te odio!

Se echó a llorar, ya no podía más. Se había enamorado de un lobo, durante todo ese tiempo, su estúpido corazón se había encaprichado de ese maldito felpudo.

—Te odio... no quiero volver a verte en mi vida —se desgañitó, llorando a moco tendido por primera vez en mucho tiempo.

Para su consternación, él respondió con una sonrisa, parecía tan satisfecho que le entraron unas enormes ganas de pegarle o morderle.

—No es verdad, y lo sabes —declaró con plena confianza—. Me amas. Por eso has echado a correr en cuanto me has visto. Por eso has huido de mí todo este maldito año.

—No es verdad —hipó, pero ya no tenía fuerzas ni para llevarle la contraria.

Él chasqueó la lengua.

—¿Qué te tengo dicho sobre las mentiras, compañera?

Volvió a hipar y escondió el rostro en su hombro con un estremecimiento.

—Maldita sea, me duele mucho.

Su cuerpo se apretó más contra el suyo, buscando algún tipo de ancla en aquella demencial locura en la que se hallaba sumida.

—Son pequeñas heridas de guerra —le dijo él en cambio—, podrás exhibirlas ante la manada cuando volvamos a casa.

Negó con la cabeza, sin apartar el rostro de su refugio.

—No voy a ir contigo.

—Claro que lo harás. —Empezaba a irritarla tanta seguridad, especialmente cuando ni siquiera le había contestado—. Volverás a casa conmigo y entonces planearemos una bonita boda.

Resopló, ¿y ahora elegía burlarse de ella?

—Ni lo sueñes.

Él se echó a reír, se inclinó sobre su oído y le susurró.

—Bry, ¿de verdad crees que habría pasado por tantos problemas para retener a una mujer a mi lado, a mi compañera, si no la quisiera? —argumentó, de buen humor.

Dejó de ocultarse para mirarle.

—¿Y por qué no me lo has dicho nunca? ¿Por qué nadie me lo ha dicho?

Sus ojos se encontraron, él le sostuvo la mirada para finalmente sacudir la cabeza

y depositar un beso en la punta de su nariz.

—¿Volverás conmigo a casa? —preguntó y se apresuró en añadir—. Sin condiciones.

Sorbió e hizo un puchero. ¿Es que no iba a ganar nunca una maldita batalla con él?

—Quiero oírlo —insistió, esperando, buscando la verdad a esas palabras que quería oír en sus ojos.

—¿Te duele mucho el tobillo?

Ella se frustró.

—¿A quién le importa el maldito tobillo?

—Pues a mí —se rio él—, quiero que mi novia vaya caminando hacia el altar, no con muletas.

Bufó y sacudió la cabeza.

—¿Quién ha dicho que voy a casarme contigo?

—Supuse que querías hacerlo legal —le dijo—, a mi manera, llevamos casi un año casados, amor.

Apretó los labios y sorbió una vez más por la nariz. ¿Se estaba burlando de ella?

—¿Lo estás haciendo a propósito?

Él se hizo el inocente.

—¿El qué?

—¡Adam!

Sonrió abiertamente y se inclinó sobre ella, apretándola entre sus brazos.

—Te quiero, mi pequeña y huidiza loba —declaró, con fervor—. Te quise desde el primer momento en que te vi sola y perdida en el recibidor de mi casa. Eras la mujer que me estaba destinada, mi compañera, era imposible que no me enamorase de ti.

Parpadeó varias veces, dejando que esas palabras se filtrasen en su mente, aliviando cada uno de sus temores solo para llevarla a rezongar.

—¿Y por qué diablos no lo has dicho antes? —protestó. Eso, posiblemente, les habría ahorrado a ambos muchos problemas.

Él puso los ojos en blanco.

—Bry, no he dejado de hacerlo en cada oportunidad que hemos estado juntos —le aseguró, y parecía genuinamente sorprendido ante su previa pregunta—. ¿No lo entiendes, Bryony? Los lobos, cuando nos emparejamos, lo hacemos de por vida y es a nuestra compañera, a nuestra loba, a la que entregamos todo lo que somos. Eres mía, mi compañera, mi pareja y mi amor. Siempre.

—No soy una loba —no pudo evitar rezongar, pero esta vez tal afirmación no salió con la seguridad de siempre. Ambos sabían que estaba mintiendo.

—Lo eres, amor mío —aseguró, todo lleno de razón—. Pero dejaré que sigas negándolo... hasta mañana.

Hizo un mohín y negó con la cabeza.

—Mañana es navidad.

—Y hará exactamente un año que nos conocimos —le recordó—. Eso lo convierte en nuestro primer aniversario. Así que dime, compañera, ¿qué es lo que deseas para navidad?

No necesitaba pensarlo, sabía lo que deseaba, lo que había deseado desde el primer momento en que sus ojos se encontraron. Un deseo, del que había huido hasta que él le dio caza.

—A ti —le dijo, separándose un poco para mirarle los labios—. Quiero un lobo para navidad.

Sus ojos cayeron también sobre los suyos y sonrió.

—Eso, compañera, es algo que sin duda puedo entregarte —sonrió, bajando sobre su boca—. Soy tuyo, eternamente, Bryony. Eternamente.

Acarició sus labios con los suyos un instante antes de que dejase escapar un inesperado quejido.

—Mierda... —gimió, dolorida—. Esto duele.

—¿El beso?

Negó con la cabeza.

—No, felpudo, el beso no, el tobillo.

Él parpadeó y se echó a reír.

—¿Acabas de llamar *felpudo* al alfa de tu clan y compañero?

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Sí, creo que he hecho exactamente eso.

—Sí, sin duda, tendrás un lobo para navidad.

EPÍLOGO

BRYONY se detuvo una vez más a recuperar el aliento. Adam había insistido en llevarla él mismo, pero se negó diciéndole que tenía muchas cosas que preparar para celebrar la reunión de esa noche, dónde sería oficialmente presentada al clan. No era un evento que le hiciese precisamente ilusión, especialmente cuando todo lo que podía hacer era permanecer sentada en una maldita silla y con la pierna en alto mientras su enorme familia política comparecía ante ellos. Eve le había prometido permanecer a su lado y golpear la cabeza de unos cuantos lobos si hacía falta.

Ambas sabían que sanar su relación llevaría tiempo, pero el primer paso había sido dado cuando la joven loba abrió la puerta de su hogar y le sonrió con calidez y sin rastro de resentimiento alguno por su parte.

«Bienvenida a casa, Bry».

Sus palabras habían sido sinceras y la emoción que escuchó en su voz, las llevó a las dos al llanto. El ver la cara asustada de Adam, mirándolas a las dos, había sido un *bonus*.

Aseguró el pequeño ramillete con tres rosas blancas que llevaba bajo el brazo y se apoyó de nuevo en las muletas para recorrer el sendero de piedra que discurría a través del jardín trasero y que daba a una pequeña plazoleta en cuyo centro se encontraba una estatua de mármol blanco tallada con la efigie de un lobo rampante.

«La tradición la iniciaron mis bisabuelos. Mi bisabuela dejó a su compañero antes de tiempo y él construyó esta estatua en su honor y en su memoria. Decía que todo lobo deja una huella detrás de sí y que esta vive siempre en el recuerdo de aquellos que los han querido y apreciado. A partir de entonces, cuando alguien querido nos deja, esparcimos sus cenizas aquí en una noche de luna llena y pedimos a nuestros ancestros que los cobijen en su abrazo y les conviertan en nuestros guías».

Una tradición tan antigua como hermosa, pensó, una que le permitía así mismo despedirse de la loba que había sido como una madre para ella.

La estatua apareció ante ella, la nieve de la noche la había salpicado confiriéndole un aspecto incluso más místico. Su acabado era tal que casi podía verla saltando de aquel pedestal y corretear a su alrededor como un verdadero lobo.

Se lamió los labios y sonrió.

—Hola *nana* —murmuró, arreglándose las muletas para depositar las rosas que había traído consigo al pie de la estatua—. Ya estoy en casa.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, seguida de otra y otra más, pero a pesar de todo, se sentía bien, llena de felicidad, pues ahora estaba dónde pertenecía.

Secándose el rostro, sonrió y giró de nuevo sobre sus muletas, Adam la esperaba al final del camino, paciente, fuerte, el ancla que necesitaba en ese nuevo mundo y el dueño de su corazón.

Lentamente, emprendió el camino de vuelta, sintiendo como una fría ráfaga de viento levantaba unas diminutas volutas de nieve y la envolvían con mimo trayendo consigo una lejana bienvenida.

«*Bienvenida a casa, Bry. Bienvenida a casa*».

Se detuvo en seco, miró de nuevo a la estatua del lobo y sonrió, entonces le dio la espalda una vez más y cojeó hacia su lobo, su mejor regalo de navidad.